

SHEMIHAZA

Personajes

Edna		Mujer de Enoc
Enoc		Antiguo patriarca
Samael		Arcángel que se hace llamar Luzbel y es precipitado al infierno con el nombre de Lucifer
Dios		
Miguel	}	Arcángeles del Señor
Rafael		
Sariel		
Shemihaza	}	Ángeles que cohabitaron con mujeres
Azazel		
Ramael		
Kokabel		
Zequel		
Naamá	}	Prostitutas
Agrat		
Mahlat		
Lilit		
Heraldo del rey		
Zarhemla		Mujer de Shemihaza.
Hiwa	}	Gigantes
Hiya		
Mahway		
Ohya		
Og		
Ayudante de Samael		

Escena I

La escena se lleva a cabo en el paraíso terrenal. A la derecha se ve el Árbol de la Vida (con sus frutos largos, amarillos y brillantes) y a la izquierda el Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal (de ramas corpulentas, leñosas, de frutos ámbar oscuros, como malévolas manzanas). El arcángel Samael se pasea por el jardín. Samael viste una delicada túnica blanca y tiene seis hermosos pares de alas de plumas que brillan a la luz del día. Su vestido, recargado de adornos, está hecho de llamas.

Samael.- ¡Qué árboles más extraños y fascinantes los dos! Si yo fuera un mortal no sabría cuál probar primero. (*Va hacia la derecha y se para frente al árbol*). Me acercaría a este Árbol de la Vida y arrancaría con ansias uno de sus largos, amarillos y brillantes frutos. Mordería su dulce y deliciosa carne. Me atragantaría de vida. Ser inmortal es una ilusión tan vasta... tan excitante, tan plena. Yo, un arcángel perfecto fui creado inmortal, soy eterno... Ya no necesito comer de este fruto. ¿Talaré entonces este maravilloso árbol para solamente yo tener el don de la inmortalidad? ¿Ocultaré este árbol y sus frutos a la vista de los seres mortales? No. Lejos de mí tamaña mezquindad. (*En el centro del escenario, reflexiona*). ¿Pero de qué vale una dilatada existencia si uno ha de permanecer sumido en la ignorancia? Un ser completo tiene, por su propia naturaleza, hambre de saber, de conocer. Su anhelo es poder distinguir lo bueno y lo malo, ser conciente de su propia existencia y valor... (*Va hacia el Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal*). Ya que soy inmortal, ¿no debería también ser sabio? ¿Qué mi impide alcanzar la ciencia? (*Extiende su mano y acaricia uno de los frutos del árbol*). Al alcance de mi mano tengo todo el conocimiento, la explicación de los más recónditos secretos. ¿Arrancaré entonces uno de estos frutos y seré como Dios? (*Suelta el fruto, sin atreverse a tomarlo*). Para mantenernos sujetos por siempre a su voluntad nos prohibió el Creador que probáramos el fruto del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal. Un arma poderosa es, al mismo tiempo, este árbol... Si se ocultan y se mezquinan sus frutos, se logra mantener un omnímodo poder y autoridad, al tener a los otros en la ignorancia, para que no levanten la cabeza... ¿Habrá de permanecer Luzbel en las tinieblas, pudiendo vivir en la luz? ¿Continuará Luzbel en la sumisión, pudiendo alcanzar la libertad? (*Toma el fruto y come de él*). Amargo es el sabor de la ciencia... dolorosa su experiencia... (*Se levanta como un loco y gira*). ¡Basta!, ¡basta! Giran ante mis ojos las constelaciones, las estrellas, las galaxias, ¡Ya no más!, ¡no quiero saber más! ¡Qué dolor más intenso el del conocimiento! ¿Y ahora? ¿Qué debo hacer? Primero arrojaré lejos la cáscara de este fruto, para que Dios no sepa que yo, el arcángel Samael, he probado del fruto prohibido... Ocultaré mi conocimiento. Fingiré ante él. Le haré creer que todavía me mantengo en la inocencia, en la ignorancia... Allí llega Dios...

Entra Dios, da un vistazo a los dos árboles del jardín y se acerca donde permanece confundido Samael.

Samael.- Hay que admitir, Señor, que este jardín es una preciosidad.

Dios.- Me alegro que te guste, Samael.

Samael.- (*Señala, con fingida ignorancia, el Árbol de la Vida*). ¿Es ese el Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal?

Dios.- Me has preguntado ya tres veces lo mismo. ¿No logras distinguir los dos? Observa con atención. El que está acá, a la derecha, el que tiene esos frutos largos, amarillos y brillantes, es el Árbol de la Vida. La belleza del tronco: dorado y carmesí supera a la de cualquier cosa creada. Leche, miel, vino y aceite brotan de sus raíces. Basta con probar su fruto para adquirir el don de la inmortalidad. El de allá, el de la izquierda, de ramas corpulentas, leñosas, de hojas duras y espinosas, del que cuelgan esos frutos ámbar, opacos, semitransparentes y quebradizos, de gusto amargo, es el Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, cuyo fruto está vedado al hombre y a los ángeles...

Samael.- Ahora entiendo, Señor... (*A Dios*). ¿Puedo preguntarte otra cosa?

Dios.- Pregunta, Samael.

Samael.- (*Finge ignorancia*). ¿Qué quiere decir Luzbel?

Dios.- Luzbel es “el portador de la luz”. Según otros, significa luz hermosa, luz bella. ¿Por qué me preguntas eso, Samael?

Samael.- Mientras pasaba por el coro celestial escuché que algunos ángeles admiraban mi porte, mi presencia, mi belleza... obra de tus manos, Señor. A cada cual lo que es de cada cual. Entonces alguien dijo que me deberían llamar Luzbel. Yo creí que se trataba de un feo apodo y por eso quise consultarte... pero veo que es un lindo nombre. Muy acertado en lo que a mi respecta. ¡Luzbel! Suena muy bien. Me gusta: ¡Luzbel! ¿Me permitirías que lleve ese título, Señor?

Dios.- Te diré la verdad, Samael. A mi me suena bastante presuntuoso... medio amanerado, incluso. Un nombre como ese hasta te podría descarriar... pero, en fin... si eso te place, sea.

Samael.- Gracias, Señor. No sabes cuánto te lo agradezco.

Llega Adán, se le nota medio cansado.

Adán.- Salud, Señor. Es un placer verte. ¿Qué tal arcángel?

El arcángel Samael no responde al saludo de Adán y lo mira con aire de superioridad.

Adán.- Te saludé, Samael. Parece que no me escuchaste.

Samael.- ¡Samael no! Para ti soy: Luzbel.

Adán se encoge de hombros.

Dios.- ¿De dónde llegas, Adán? Te noto algo cansado y hasta medio aburrido, diría yo... ¿Verdad Samael? Digo... Luzbel.

Samael.- Aburrido, sí. Bastante aburrido... pero ¿no es esa la propia naturaleza de Adán? (*Aparte*). Bastante soso es el pobre.

Dios.- Ya empiezas con tus indirectas, Samael...

Samuel.- (*Con risa nerviosa*). Luzbel, Señor.

Adán.- (*A Dios*). Me convocaron temprano a la Asamblea Divina. Estuvimos trabajando toda la mañana.

Dios.- ¿A sí?

Adán.- Preparábamos el plan para los próximos cinco siglos: El “penta seculum planis”.

Samael.- ¿El “penta”? Disculpa, Señor que te lo diga... pero en realidad... la franqueza es nobleza.

Dios.- ¿De qué se trata?

Samael.- De la Asamblea Divina, Señor... A mi entender... está mal conformada. No están todos los que deberían estar y se han colado algunitos... que francamente no merecen meter sus narices por allí...

Adán.- Se más específico, Samael, (*Con burla*). Digo, Luzbel.

Samael.- Yo, por ejemplo, en mi condición de “Arcángel del Señor” debería ser miembro nato de la Asamblea. (*Dirigiéndose a Adán*). En cambio tú... a más de grosero y ordinario... eres todavía un novato. El Señor te creó no hace mucho. Por el contrario, nosotros, los ángeles,

fuimos formados con el esplendor de la gloria de Dios. Con el fuego y la luz. A ti, Adán, te hizo de barro. Eres... polvo.

Dios.- Luzbel, Luzbel... No opines sobre las cosas que desconoces. Adán te supera en sabiduría e inteligencia.

Samael.- No es que dude de tu palabra, Señor. Sin embargo, ¿podría pedirte que nos pongas a prueba?

Dios.- ¿Algo así como un “test de inteligencia”, dices?

Samael.- Bueno... creo que sería lo justo. Al fin y el cabo, la preparación del Plan es un asunto bastante importante y atañe a todo el Universo... No se lo debería dejar en manos inexpertas.

Dios.- Muy bien. Veamos. ¿Están listos? (*Samael y Adán asienten con sus cabezas*). ¡Atentos! He creado los animales, las aves y los reptiles. La prueba consiste en ponerlos en fila y darles un nombre. Un nombre apropiado a su naturaleza, a su propia condición. Les daré una pista, para que se ayuden. Piensen en mí. ¿Qué nombres les habría dado yo, que soy su creador? (*A Samael*). Si tú vences, Adán te rendirá pleitesía, renunciará a su cargo de Asesor en la Asamblea Divina y tú le remplazarás en esa dignidad. Por el contrario, si no pasas la prueba y él da los nombres correctos, le rendirás homenaje. ¿Quién quiere empezar?

Samael.- Yo, Señor.

Dios.- (*A Samael*). Muy bien. Trae alguno de los animales hasta acá.

Samael.- ¿A cuál quieres que traiga?

Dios.- Al que tú quieras, Samael.

Samael se retira. Va a traer un asno.

Dios.- Samael es un arcángel muy especial. ¿Ves cómo anda? Enjoyado, bien peinadito, bien arregladito. Todo un cromó. Tiene un problema, el pobre... Se siente superior a todo lo creado. El orgullo le domina...

Samael entra jalado un asno.

Dios.- ¿Qué nombre le darías a ese animal, Luzbel?

Samael.- (*Aparte*). Se muy bien que este es un asno, pero debo fingir que soy un imbécil, para que él no se de cuenta... (*A Dios*). Vine pensando algunos nombres en el trayecto, Señor. Por lo terco, le pondría “tercón”. Por la forma en que rebuzna, “rebuznón” y por la jeta que tiene, “hocicón”. En verdad que este pobre animal te salió bastante feo, mi Señor...

Dios.- ¿Y tú, Adán? ¿Qué nombre le pondrías?

Adán.- (*Adán examina las patas al asno*). Este animal es un... solípedo, de largas orejas y en el futuro será empleado en caballería, como bestia de carga y ocasionalmente como bestia de tiro. Le pondría asno o burro, mi Señor.

Dios.- ¡Muy bien dicho, Adán! Ese será el nombre de este animal. ¿Entendiste, Luzbel?

Samael.- Creo que te está cuenteando, mi Señor. Eso de “sulípido”... es pura pantalla... A ver, dínos Adán... ¿qué vaina es esa de “sulípido”?

Adán.- Un solípedo es un animal que tiene los dedos del pie fundidos en un casco.

Dios.- Correcto, Adán. Es como tú lo dices.

Samael.- ¿Puedo traer otro animal, Señor? En justicia, creo que todos merecen una segunda oportunidad...

Dios.- Así es, Luzbel. Trae otro animal.

Sale Samael, en busca de un corderito.

Dios.- Veo que andas bastante fuerte en Zoología, Adán.

Adán.- El libro que tú nos diste, Señor, es muy ameno. Lo terminé de leer precisamente anoche.

Dios.- Pobre Samael. Eso le pasa por no estudiar. A todos dimos la misma oportunidad. El libro circuló por el universo en cómodos fascículos. Unos lo leyeron y lo aprovecharon, como tú, Adán y otros no le pararon bola. Y, claro, allí están las consecuencias.

Entra Samael, con una cuerda tira de un pequeño cordero.

Dios.- Has elegido un animal muy importante. Hasta se convertirá en un símbolo muy querido para nosotros.

Samael.- (*Con júbilo*). ¡Entonces acerté!

Dios.- ¿Qué nombre le pondrías, Luzbel?

Samael.- (*Aparte*). Bien sé que es un cordero... pero debo seguir con el juego... (*A Dios*). Le pondría... le pondría... cerdito.

Dios.- ¿Y tú, Adán, qué nombre le darías?

Adán.- Veamos... este es un mamífero rumiante, de lana espesa y pezuña hendida. El macho suele tener cuernos huecos, angulosos y arrollados en espiral. A ese macho adulto le llamaría carnero, mi Señor y oveja a su hembra. Pero como este pequeño no llega a un año, le llamaría cordero.

Dios.- Nuevamente has acertado, Adán. Te declaro vencedor en la contienda. (*A Samael*). De ahora en adelante, deberás servir y rendir pleitesía a tu superior. ¡Póstrate delante de él!

Samael.- (*Grita*). ¡No, no, mil veces no! ¡Eso es totalmente injusto!

Dios.- ¿Qué te impide postrarte ante lo que yo he creado con mis dos manos?

Samael.- ¡Mi dignidad!

Dios.- Cálmate, Samael. (*A Adán*). Déjanos solos, Adán. Debo arreglar un asunto con Samael.

Adán abandona la escena.

Dios.- ¡Sé lo que has hecho! ¿Por qué gritas? ¿Por qué armas tanto escándalo?

Samael.- ¿Cómo no he de gritar si tú me creaste con la luz de tu gloria pero has dado la inteligencia a una criatura hecha de polvo? Los ángeles fuimos creados con el esplendor de tu gloria. ¿Adoraremos a un ser formado de polvo?

Dios.- Cálmate. Estás volviéndote reiterativo. ¿Te has enorgullecido o estás entre los soberbios? ¿Cómo sabes que te crié con el esplendor de mi gloria? ¿Cómo sabes que te crié con el fuego y la luz? ¿Creíste que podías engañar a tu creador? Has probado del Árbol de la Ciencia del

Bien y del Mal. Ahora has alcanzado la estatura del que te sacó de la nada. Pobre Samael... no pueden haber dos dioses en el universo...

Dios saca su teléfono celular. Marca y llama.

Dios.- Aló, Miguel. ¡Ven un rato acá, al paraíso! No olvides traer tu espada de fuego. La espada remolineante. (*Cierra su celular y lo guarda*). ¿Y... entonces Samael? ¿Prefieres que en lugar de Luzbel te llame Lucifer, el ladrón de la luz?

Samael.- (*Amenazante*). Ya lo has dicho, Señor. Soy como tú. ¿Te arrodillarías tú a los pies de tu criatura? ¿Te someterías al hombre, para que se mofe de ti? ¿Tomarías su carne, te rebajarías a su condición, morirías para que él viva? ¡No lo serviré! ¡Yo soy mejor que él! ¡No te obedezco! ¡Yo pondré mi trono sobre las estrellas y me proclamaré El Supremo!

Dios.- ¡Aléjate de mi vista! ¡Quedas expulsado del cielo! ¡Caiga sobre ti mi maldición incesante, hasta el día del Juicio!

Samael.- Solo te pido una cosa más. Concédeme un plazo, hasta el día en que los muertos sean resucitados.

Dios.- Te lo concedo. Tú estarás entre los que esperan hasta el día final.

Samael.- Entonces mi reino será grande y mis dominios serán enormes. Seduciré a todos los hombres y me adorarán.

Dios.- ¡Llenaré el infierno contigo y con los que te sigan!

Entra el arcángel Miguel. Un grupo de ángeles le acompañan. También los vestidos de Miguel y los demás ángeles están hechos de fuego.

Miguel.- A tus órdenes, Señor.

Dios.- ¿Quiénes son los ángeles que han venido contigo, Miguel?

Miguel.- Son los miembros de mi batallón de élite y sus nombres son: Shemihaza, Azazel, Ramael, Kokabel y Zequel.

Dios.- Arrojen a Samael al fuego eterno. Ha perdido su condición de arcángel. Ahora es un demonio y se llama Lucifer.

Los ángeles toma prisionero a Samuel y lo sacan a empellones.

Telón

Escena II

Antes de abrirse el telón, un par de angelitos cruzan el escenario. Llevan un cartel que dice: "EL CIELO: 105 AÑOS DESPUÉS".

Al abrirse el telón se ven las nubes y algunas estrellas que brillan a lo lejos. En el centro está sentado Dios, en todo su esplendor. Le rodean sus ángeles (Shemihaza, Ramael, Kokabel, Zequel y Azazel). Los vestidos de los ángeles están hechos de lenguas de fuego. Se escucha la música celestial.

Shemihaza.- Señor del Universo, lo que has creado funciona a las mil maravillas. La Casa de la Luz abre a la hora prima y la Casa de la Oscuridad a la Sexta. El carnero, el buey, los gemelos, el cangrejo, el león, la virgen, la balanza, el escorpión, el arquero... en fin, los doce signos del zodiaco ocupan los espacios dispuestos por ti, en perfecto orden.

Dios.- ¿Entonces... de qué nos preocupamos?

Shemihaza.- Te lo advertimos el día de la creación. El hombre ha demostrado que es indigno de tu mundo.

Azazel.- Adán y Eva se dejaron tentar por el ángel maldito. Samael se disfrazó de serpiente y ambos comieron del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal. Tú mismo tuviste que expulsarles del paraíso.

Ramael.- Eva se dejó seducir por Samael. Hasta tuvo un hijo del maldito. Todo el mundo sabe que Caín es hijo de Lucifer.

Kokabel.- Caín es un asesino. Mató a su hermano Abel.

Zequel.- ¿Y Lilit? ¿Te acuerdas, Señor, de Lilit? La que fue mujer de Adán, antes de Eva... Claro que es probable que en su caso haya una explicación para esa, su torcida conducta. Tú, mi Señor, utilizaste al crearla inmundicia y sedimento, en vez de polvo puro.

Dios.- ¿Y qué pasó con Lilit?

Zequel.- Cuando se unió con Adán parió demonios.

Azazel.- Abandonó al buenazo de Adán y se largó al Mar Rojo. Allí se divertía de lo lindo. Cien demonios por día paría ella en ese tiempo.

Azazel.- Varios ángeles enviaste al Mar Rojo, para persuadirla que regrese con Adán. Me acuerdo que en ese grupo estaban Senoy, Sansenoy, Semangelof y otros.

Dios.- Me acuerdo, claro que me acuerdo. Le había ordenado a Lilit que se haga cargo de los niños recién nacidos hasta el octavo día de su vida, cuando los llevan para la circuncisión y hasta el vigésimo día en el caso de las niñas...

Azazel.- Eso le ordenaste y con justa razón, Señor, pero ella entiende al revés tu mandato. Niño que cae en sus manos, niño que muere. Los mata, los estrangula. Se ha convertido en una peste.

Dios.- ¿A parte de Caín y Abel, Adán ha tenido más hijos?

Shemihaza.- Hoy parió Eva un varón. Le llamarán Seth.

Dios.- Seth será un hombre justo. *(Se va a levantar de su trono, para dar por concluida la reunión, pero los ángeles le detienen).*

Shemihaza.- Eso no es todo, Señor. Francamente, la cosa anda mal.

Azazel.- Repugna el libertinaje desenfrenado de Caín y de sus hijos. Cada uno de los cainitas, tiene por lo menos dos esposas: la primera para que dé hijos y la segunda pasa satisfacer su lujuria. La que pare los hijos vive en la pobreza y en el abandono, como una viuda. A la otra le obligan a beber una pócima que la hace estéril. Después la visten como ramera para que entretenga a su lujurioso marido.

Dios.- Bueno... según tengo entendido, quinientos veinte varones puros se ha congregado en una montaña y viven como anacoretas, dedicados a la oración. Lejos del mundo y de sus tentaciones, los anacoretas, según se me ha informado, permanecen sin tocar siquiera una mujer.

Ramael.- ¿De qué anacoretas nos hablas, Señor? Cien hijas les nacen a los cainitas por cada hijo varón.

Kokabel.- Hay tantas mujeres que irrumpen en las casas para llevarse a los hombres y colmar el ardor de su deseo.

Zequel.- Embadurnadas con coloretos y polvo; los rostros anhelantes, con antimonio en los ojos y escarlata en las plantas de los pies; teñidos los cabellos; adornadas con ajorcas de oro, con pendientes, collares, joyas y brazaletes; vestidas con trajes multicolores ascienden a la Montaña Sagrada las hijas de los cainitas con sus arpas, sus trompetas y tambores.

Azazel.- Cantan, bailan y aplauden. Avanzan hasta los quinientos veinte anacoretas con voces alegres y se apoderan de sus víctimas. Los seducen.

Shemihaza.- Los anacoretas, después de ceder a los requiebros de las cainitas, se vuelven más sucios que los perros y olvidan por completo las leyes divinas.

Dios.- Pero... ¿y los jueces? ¿No designamos jueces?

Kokabel.- Corrompen a las pobres hijas de los labriegos y pastores.

Zequel.- Cada vez que la novia se engalana y embellece para el novio, ellos entran primero en la cámara nupcial y la gozan.

Dios.- ¿Y Genún? Genún inventó algunos instrumentos musicales y con ellos me alababa...

Azazel.- Genún ya no es el mismo, Señor. Él y sus amigos se juntan. Beben cerveza. Tocan los instrumentos musicales.

Ramael.- Claro que los tocan, Señor. Después, inflamados por su propia lujuria arden como el fuego y yacen juntos promiscuamente, como si fueran hombre y mujer.

Kokabel.- Toman después sus espadas de hierro y sus lanzas puntiagudas y se matan entre ellos empujados por sus celos homosexuales.

Dios.- Entonces... ¿qué sugieren ustedes? ¿Qué debemos hacer?

Shemihaza.- En primer lugar, pensamos que es necesario eliminar al causante directo de todo esto. *(Al resto de ángeles).* Traigan al culpable.

Salen Azazel Ramael, Kokabel y Zequel.

Shemihaza.- Es necesario cortar el mal de raíz. Hemos sorprendido in fraganti a nuestro antiguo compañero. Samael, que se hace llamar ahora con el pomposo nombre de Lucifer. Pervertía a hombres y mujeres en el norte de África. Los incitaban a construir ídolos de barro, hechos a su imagen y semejanza para que le adoren. Hemos traído al cabecilla hasta tu presencia para que pronuncies inapelable sentencia condenatoria. Los otros culpables también han sido capturados y aguardan tu disposición.

Azazel, Ramael, Kokabel y Zequel traen a Samael. Han colocado al demonio un grueso collar de hierro, del cual cuelgan cinco cadenas. De estas cadenas, los ángeles sostienen y jalan a su antojo.

Samael ha perdido ya sus hermosas alas de blancas plumas. Su ropaje es negro, como lo son también sus negras alas, que recuerdan las de un enorme murciélago.

Dios.- Suelten a Lucifer. Yo le otorgué poder para tentar al hombre, hasta el día del Juicio Final.

Los ángeles liberan a Lucifer.

Dios.- Estás libre. Anda, puedes tentar al hombre y convencerlo con argucias para que siga la senda del mal y te acompañe en tu terrible morada. Te faculto ahora también para tentar a los ángeles. Tú y tus seguidores quedan libres.

Samael.- *(Con soberbia).* ¿Me facultas? Numerosos son tus ejércitos, por eso me han hecho tu prisionero, pero mis huestes crecen día a día...

Samael, libre de sus cadenas, abandona el cielo.

Dios.- ¿Cómo puede un hombre o un ángel demostrar la fortaleza de su espíritu si jamás ha sido tentado? Lucifer es el tentador por excelencia. Solo el que resiste valientemente a las seducciones del mal, el que se vence a sí mismo y vuelve sus ojos hacia mí, es digno de mi reino.

Los ángeles comentan en voz baja. Murmuran entre sí. Después, Azazel se atreve a decir a Dios lo que piensan.

Azazel.- Nada de lo que has dicho entendemos, Señor.

Dios.- ¿Qué otra propuesta querían hacer?

Shemihaza.- Hemos discutido entre nosotros. Hemos pesado los pros y los contras.

Ramael.- También, por supuesto, hemos evaluado las repercusiones a futuro y nos permitimos recomendar...

Kokabel.- Bueno, ahora ya no estoy tan seguro de que nuestra recomendación sea la correcta... Pero, en fin.

Zequel.- Creemos que debes destruir al hombre...

Azazel.- Eliminado Samael y sus secuaces, eliminado el hombre, viviríamos todos en paz y armonía...

Shemihaza.- También sería bueno talar ese famoso Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, para que nadie más pueda ser inducido a la desobediencia...

Azazel.- Sí, eso es lo que todos nosotros creemos.

Dios.- Pero... si destruyo al hombre, ¿qué será de mi mundo?

Azazel.- Nosotros habitaremos en él.

Dios.- No, no. Esa no es la solución. Creo que el hombre tiene potencial. Creo que está extraviado. Por otro lado, si ustedes descienden a la tierra pecarán más que el hombre. Si se revisten de carne no podrán retornar a su forma espiritual. Hasta se olvidarían del cielo. Tan solo la ley permanecería grabada en el fondo de sus espíritus de manera indeleble. ¿Pero bastará con eso?

Ramael.- ¿Cómo podríamos nosotros pecar contra ti? Luego de haberte visto cara a cara.

Kokabel.- Jamás nos olvidaríamos de ti... Te amamos, Señor.

Shemihaza.- Permítenos vivir allí durante un tiempo y santificaremos tu nombre.

Dios.- *(A los ángeles)*. No voy a destruir al hombre. Si los hombres están extraviados es solamente por ignorancia. Pecan porque no saben lo que hacen. Son como niños. No miden las consecuencias de sus actos. Voy a enviar a la tierra un grupo de doscientos ángeles. Debe ser un grupo selecto, encargado de una sublime misión: enseñar a la humanidad la verdad y la justicia. Traigan el ánfora de los sorteos.

Ramael va y trae un ánfora.

Dios.- Estableceré cuatro compañías. Cada compañía tendrá un jefe y estará conformada por tres pelotones. Por lo tanto se deberá elegir doce Jefes de Pelotón. El primer nombre que salga del ánfora será designado Jefe de Misión y comandará las cuatro compañías. Al jefe de misión se le asignarán tres ayudantes. En total: deberán elegirse doscientos ángeles.

Ramael mueve el ánfora y va sacando las bolas una por una. Lee los nombres de los ángeles favorecidos en el sorteo:

Ramael.- El Jefe de Misión será: *(Saca la bola y lee el nombre)*. Shemihaza,

Todos.- ¡Bravo! ¡Buena, Shemihaza!

Ramael.- Sortearemos ahora a los nombres de los cuatro Jefes de Compañía. *(Saca cuatro bolas del ánfora)*. Sus nombres son: Azazel, Ramael, Kokabel y Zequel.

Todos.- ¡Buena Azazel!, ¡Buena Ramael!, ¡Buena Kokabel!, ¡Buena Zequel!

Ramael.- Los doce Jefes de Pelotón, serán: *(Saca doce bolas del ánfora y lee los nombres)*. Artacof, Daniel, Baraquiel, Harmoni, Matrael, Anael, Sotael, Shamsiel, Tumiel, Turiel, Yomiel y Yehadiel.

Dios.- Ramael. Haz elegido ya a diecisiete ángeles. El resto, será elegido más tarde...

Ramael.- Así se hará, Señor. Como tú ordenas.

Dios.- *(Se levanta del trono y se pasea entre los ángeles)*. Fíjense por última vez unos a otros. Fuego llameante es su esencia. Son ángeles del Señor. Son mis ángeles. Puros los he criado. Puros consérvense. Al bajar desde el cielo hasta la tierra se modificará su condición exterior. Su fuerza actual y su estatura quedarán mermadas, el fuego se transmutará en carne: serán casi en todo iguales a los mortales, pero no morirán porque están formados de eternidad.

Los ángeles se arrodillan.

Todos los ángeles.- Nos conservaremos puros, Señor. Te lo prometemos.

Telón

Escena III

Escena en la tierra. Un verde valle se extiende como un mantel de vivos colores, desde la única colina, detrás de la cual brilla un azul purísimo. La vegetación es pródiga, ubérrima. Unos cuantos arbustos brotan frescos aquí y allá, para que cualquiera pueda esconderse detrás, sin ser visto por el

público. Es casi medio día, hace calor y el sol resplandece. A la orilla del río, las mujeres semi desnudas (Naama, Agrat, Mahlat, Lilit, entre otras) lavan sus ropas, juegan o nadan en las aguas transparentes.

Samael, sentado encima de una roca, contempla extasiado a las mujeres.

Samael.- Bellas mujeres. Verde oliva, como la corteza del mirto es la tez de sus rostros y de sus cuerpos. Cimbreadas son sus pechos y ensortijados sus cabellos. Me complazco al mirar la desnudez de sus formas. (*A las mujeres*). Jueguen mis hijas predilectas, sin temor en las frescas aguas. Yo velo desde esta roca para que nada malo les ocurra. Mis preciosas, mis encantadoras rameritas.

Las mujeres ríen y envían besos volados a Samael.

Naamá.- Siempre tan gentil.

Agrat.- ¿Qué haríamos sin él?

Mahlat.- Jamás nos abandona.

Lilit.- Cómo no quererle, cómo no idolatrarle...

Un carro de fuego aparece arriba, en la cima de la colina.

Samael.- (*A las mujeres. Pone el dedo índice sobre sus labios, para que hagan silencio*). Esperen un momento, chicas. (*Aparte, para sí*). ¿Qué es lo que veo allá, en la cima de la verde colina? Si no me engañan mis ojos, parece ser un carro de fuego. Claro que es un carro de fuego. Entonces tenemos visita del cielo. ¿Qué les parece? Y sin previo aviso. Bueno, es de suponer que así sea. Nunca los de arriba tuvieron buenos modales.

El carro de fuego rueda lentamente y desciende por la colina hasta el primer plano. Las mujeres no advierten la presencia del vehículo. Disfrutan del agua, ajenas a todo.

Samael.- (*Aparte, para sí*). Ángeles. Son ángeles. Si me ven con este vistoso traje de seguro van a reconocerme.

Samael se aparta de las mujeres, para que no vean sus movimientos. Golpea sus manos y cae desde arriba un maleta.

Samael.- Es mejor que me disfrace apropiadamente. Así podré acercarme a ellos sin temor. Debo saber quiénes son y para qué han venido a la tierra. A ver, a ver... ¿qué tenemos aquí? Este disfraz es perfecto. Seré un pobre pastorcito. Me ocultaré detrás de ese arbusto, cambiaré mi apariencia y me enteraré de todo. ¡Huy! Casi me olvido de las ovejas...

Samael chasquea sus manos. Empiezan a entrar algunas ovejas que devoran la hierba. Samael, disfrazado de pastor, se esconde tras de un arbusto.

Naamá.- ¿Dónde está?

Agrat.- ¿Quién?

Mahlat.- Samael.

Lilit.- Debe andar por allí. Él jamás nos abandonaría. Ya vendrá, chicas. No se preocupen.

El carro de fuego llega hasta el primer plano. Shemihaza, Azazel, Ramael, Kokabel y Zequel permanecen dentro del vehículo. Sus ropas ya no están hechas de fuego y sus alas son desmontables a voluntad.

Shemihaza.- Hermoso paisaje. En realidad, jamás pensé que la tierra fuera tan bella, tan acogedora.

Azazel.- ¡Lindo! ¡Todo esto es lindo! ¡Tanta luz, tanta tranquilidad, tanto color!

Shemihaza.- Antes de saltar y tocar tierra, recuerden lo que Él dijo: “Al salir del carro olvidarán paulatinamente todas las cosas del cielo, pero la ley quedará grabada para siempre en lo más profundo de sus espíritus”.

Ramael.- ¿Qué nos quiso decir con eso?

Shemihaza.- No lo sé. A veces son tan oscuras sus palabras.

Los ángeles saltan del carro.

Kokabel.- ¡Estoy asombrado! ¡Me siento liviano, como una pluma! Tengo ganas de lanzarme al suelo y revolcarme de puro gusto.

Ramael se lanza al suelo y gira sobre su propio cuerpo. Zequel y Azazel lo imitan. Todos ríen.

Piloto del carro.- ¿Qué hago con el carro?

Shemihaza.- Regresa por donde viniste. Si aún recuerdas el camino. Nosotros nos quedaremos aquí durante largo, largo tiempo.

Azazel.- *(Al piloto).* Puedes irte. Por favor, reporta que hemos llegado a la tierra sin contratiempo y que el clima es maravilloso. Procuren transportar al resto de compañeros en un carro más grande y confortable. Me siento algo estropeado por el viaje...

Piloto del carro.- Entendido.

El carro de fuego retorna hasta la cima de la loma y desaparece de la vista.

Zequel.- Creo que tomamos una buena decisión. Me encanta este sitio. Me siento libre. Me siento pleno.

Samael sale del seto y se aproxima hasta donde están los ángeles.

Samael.- Buenos días príncipes. Con toda seguridad, por los lujosos trajes que visten, deben ser ustedes los príncipes de algún remoto reino. Bienvenidos. ¿De dónde han venido?

Los ángeles.- Buenos días nos de El Señor. *(Pausa).* ¿Y tú de dónde has salido?

Samael.- *(El demonio se frunce cuando escucha “El Señor”).* Del cerro vengo con mis ovejas para que tomen agua en el río.

Shemihaza.- ¿Quién eres tú?

Samael.- Soy un humilde pastor y esas son mis ovejas. Si los señores príncipes están de acuerdo, puedo servirles como paje. En realidad ya estoy cansado de cuidar esos rústicos animales... ¿Escuchan como llega hasta aquí el agua? Canta. Delicada es su música... si uno tiene el espíritu sensible y puede apreciarlo...

Zequel.- El pastor tiene razón. ¿Escuchan ese agradable y fresco murmullo? Es como si toda la naturaleza estuviera cantando...

Kokabel.- A mi me parece que un líquido poco denso fluye a través de un cauce rugoso...

Zequel.- Debe ser el río.

Ramael.- ¿Un río? Me muero por conocer un río.

Los ángeles se acercan al río y miran a las mujeres.

Shemihaza.- Esas deben ser las mujeres. Demos un vistazo.

Azazel.- Si. Claro que son mujeres. Miren sus formas redondeadas. Leí en alguna parte que las mujeres tienen formas redondeadas y los hombres...

Kokabel.- Será mejor que no nos acerquemos. Están medio desnudas...

Ramael.- ¿Y qué pueden hacernos?

Zequel.- Eso es lo que yo digo... No van a mordernos.

Samael.- No muerden. No teman los señores príncipes. También las mujeres son criaturitas del Señor. Criaturitas inofensivas...

Shemihaza.- *(Se acerca al grupo de mujeres y les habla).* ¡Hola!

Las mujeres.- ¡Hola!, ¡Hola guapo!, ¡Ven acá, el agua está muy buena!

Shemihaza.- ¿Son hombres o son mujeres?

Las mujeres ríen con gana.

Naamá.- ¿Qué? ¿Es un chiste?

Lilit.- ¿No ves lo que tiene mamá para ti, bebé? *(Muestra sus pechos).*

Shemihaza.- *(A los ángeles).* ¡Comprobado! ¡Son mujeres!

Naamá.- Mi nombre es Naamá. Soy hija de Mahlat.

Agrat.- Yo me llamo Agrat. También soy hija de Mahlat.

Shemihaza.- ¿Y quien es Mahlat?

Mahlat.- Yo soy Mahlat, guapo. ¿De dónde vienen? No les hemos visto por aquí.

Shemihaza.- Bueno... venimos de arriba.

Mahlat.- Vienen de arriba. ¿De la colina? ¡Bien! ¡Qué bien! ¿Y tus amigos no hablan?

Samael.- Rica está el agua. Es bueno bañarse a esta hora del día. El sol quema. Si no tuviera que cuidar de las ovejas ya estuviera metido en el agua como un renacuajo.

Mahlat.- ¿No tienen calor? *(A Shemihaza).* Oye, guapo... te pregunto por segunda vez... ¿Tus amigos no hablan?

Azazel.- ¡Hablamos! ¡Claro que hablamos!

Samael.- ¿Entonces? ¿Se dan un chapuzón?

Shemihaza.- Será en otra oportunidad... En realidad no creo que sea una buena idea. No estamos vestidos apropiadamente para meternos al agua.

Samael.- ¿Cómo dices? Es la primera vez que oigo que alguien tiene que vestirse para entrar al agua.

Las mujeres ríen con la broma.

Samael.- (*Aparte*). Debo utilizar uno de mis trucos favoritos. Haré aparecer ante estos “angelitos” un grupo de seductoras mujeres. (*Golpea sus manos*). ¡Miren allá!

Un grupo de provocativas mujeres caminan despreocupadas entre la hierba. Se acercan al río, se desnudan y entran al agua.

Ramael.- ¡Mujeres!

Kokabel.- ¡Más mujeres!

Zequel.- ¡Hermosas mujeres! ¡Muchas, muchas mujeres!

Azazel.- ¡Cómo se pasean! ¡Qué garbo tienen esas morenas! ¡Qué elegantes son!

Shemihaza.- Son excitantes. Claro que son excitantes. No lo niego. Pero a mi me parecen... rameras. Será mejor marcharnos de este lugar.

Azazel.- Mira Shemihaza con qué donaire exhibe la pelirroja sus partes secretas.

Ramael.- Todas están tan... tan provocativas. Sus ojos están pintados con antimonio y sus bocas son rojas como una fruta prohibida.

Shemihaza.- ¡Prohibida! Tú lo has dicho Ramael. Esas mujeres son prohibidas para nosotros.

Samael.- ¿Prohibidas? No. No son prohibidas. En la tierra nada está prohibido para un príncipe. Además, son solteras, no tienen compromisos, están libres y disponibles. Hasta podrían casarse... El matrimonio es una institución tan noble...

Ramael.- ¿Matrimonio? ¿Qué es eso? ¿A qué te refieres?

Zequel.- En realidad que este sol quema y quema fuerte. No sería mala idea mojarse al menos los pies.

Kokabel.- Podríamos sacarnos las alas y dejarlas aquí, con el pastor.

Azazel.- Bañarse... bañarse no es pecado... ¿Verdad?

Shemihaza.- Está bien, pero solo un chapuzón y... afuera.

Los ángeles se sacan sus alas. Las amontonan con cuidado cerca de la roca donde se ha subido Samael.

Shemihaza.- Señor pastor, ¿podría cuidar un rato estas alas?

Samael.- Claro. Con gusto. Arrímelas por aquí. No se vayan a mojar...

Los ángeles entran al agua. Kokabel se acerca donde Naamá; Zequel, donde Agrat y Azazel donde Mahlat. Shemihaza y Ramael permanecen con Lilit.

Lilit.- (*A Ramael*). ¿No sabes tú lo que es el matrimonio? Eres un bromista... Yo tengo alguna experiencia en matrimonios. Estuve casada y conozco de esos asuntos.

Shemihaza.- ¿Dijiste que te llamas Lilit?

Lilit.- Lilit es mi nombre.

Shemihaza.- Lilit. Me suena ese nombre...

Samael.- (*Aparte*). Muy interesante se pone la cosa. Al bajar del cielo a la tierra se les ha borrado el “disco duro”. Han perdido la memoria. De nada se acuerdan. Su experiencia es nula... (*Se frota las manos*). Es mi día de suerte.

Lilit.- ¿Te suena mi nombre? No lo dudo. Soy bastante popular... Extrovertida, diría yo...

Shemihaza.- Lilit, Lilit... algo me dice en mi interior que no debo acercarme a ti... No sé exactamente qué es... al mismo tiempo hay algo en ti... que me atrae... Debe ser la atracción del peligro.

Lilit.- Fui esposa de Adán...

Azazel.- ¿Adán? ¿Quién es Adán?

Lilit.- ¡Un viejo impertinente!

Kokabel, de la mano de Naamá; Zequel, de la mano de Agrat; y Azazel, de la mano de Mahlat salen sonrientes del agua y se ocultan detrás de unos arbustos.

Voz de Naamá.- (*Detrás de uno de los arbustos*). ¡Qué plumitas para bellas tienes tú allí, corazón!
¡No me hagas cosquillas!

Voz de Agrat.- (*Detrás de otro arbusto*). ¡Cuidado con esos espinos, cariño!

Ramael.- ¡Adán!, ¡Adán! Me suena ese nombre.

Lilit.- ¿Te suena? ¿Estuviste también tú en el paraíso?

Ramael.- ¿El paraíso? No sé de qué me estás hablando, mujer.

Shemihaza.- Cuéntanos sobre ese Adán.

Lilit.- Cuando estábamos en la intimidad... Cuando estábamos... ya saben muchachos... jugando al amor...

Voz de Mahlat.- (*Detrás de alguno de los arbustos*). ¡Si mueves así los brazos vas a salir volando!
¡Así no mi amor! (*Jadeante*). ¡Así, así queridito!

Samael.- ¡Esos sí que saben cómo divertirse!

Lilit.- Digo que cuando estábamos jugando al amor, Adán quería que yo me mantenga inerte, bajo su yugo. Cómo podría yo, Lilit, la ardiente permanecer estática, quieta como un muerto “¿Por qué me he de acostar debajo de ti? —Le decía yo— Tú también fuiste hecho de polvo, por lo tanto soy igual a ti”. Quería obligarme a la fuerza, pero conmigo, a la fuerza... nada. Me elevé por los aires y lo abandoné.

Azazel.- ¿Lo abandonaste? ¿Y dónde fuiste?

Lilit.- Al Mar Rojo. Allá me mandó a buscar. Me rogaba para que regrese. ¿Cómo iba yo a regresar con Adán y convertirme en ama de casa después de haber estado en el Mar Rojo? ¿Han estado por allá, muchachos?

Azazel.- No. No hemos estado.

Lilit.- No saben de lo que se pierden: playa, brisa y mar. La gente es tan abierta. Eso sí que es vida. Unos ángeles del cielo llegaron. Me amenazaron con ahogarme. Querían que regrese con

Adán. Entonces yo les dije: “No pueden matarme. El Señor me ordenó que cuide a los niños”
Entonces me soltaron.

Azazel.- ¿Ángeles? ¡Me suena esa palabra!

Shemihaza.- ¿El señor? ¡Yo sé quien es Él!

Telón

Escena IV

Antes de abrirse el telón, un par de angelitos cruzan el escenario. Llevan un cartel en el que se ha escrito: “PLANETA TIERRA: 300 AÑOS DESPUÉS”.

La escena se desarrolla cerca de la confluencia del Tigres y el Éufrates. Una gran plaza de piedra ha sido edificada, pero está desierta. La luz del sol alumbra plenamente la explanada y sus vías de acceso. En el medio se ha erigido una gran tarima, y sobre ésta un altar, en el que destacan cinco estatuas de barro. Frente al altar hay cinco tronos elevados, profusamente adornados con flores y cintas.

Samael.- *(Eleva sus brazos hacia el cielo e implora).* ¡Señor! ¡Señor! He triunfado! ¡He tentado a tus ángeles y han pecado contra ti! Trescientos años deambulaban perdidos en esta tierra, sin saber qué hacer, sin recordar el verdadero propósito de su misión en este mundo. ¡Míralo tú mismo! Los hombres los admiran y han erigido ídolos de barro con la intención de postrarse ante ellos. ¿Ves esos ídolos? ¡Son la viva imagen de tus ángeles! ¿Qué puedes hacer tú allá, arriba, en lo alto? Demasiado lejos está tu reino. ¿Escuchas el tumulto? En andas traen a tus enviados, los conducen por espaciosos y floridos senderos. El pueblo los aclama. Pronto, muy pronto destruirán esos ídolos y erigirán en su lugar uno solo: el mío. Yo seré entonces su compasivo dios. Yo cuidaré de los hombres y haré de esta tierra un nuevo paraíso. ¿Escuchas el ruido de la gente que llega? ¡Son felices! Ahora discúlpame. Debo vestirme apropiadamente para la ocasión. Este será un gran día. *(Chasquea sus manos y desciende una maleta. Samael saca un ropaje de color azafrán y se lo pone. Saca también una corona).* Coronaré a uno de tus ángeles. Lo haré rey. Por supuesto me nombrará su consejero. Me designará supremo sacerdote. Inventaremos un sistema de fé. Una religión humana sin dogmas, hecha a imagen y semejanza del hombre, para liberarlo definitivamente de las cadenas que lo atan a la culpa y lo condenan al remordimiento. *(Piensa).* ¿Qué más me hace falta? Una ayudante. Claro. Eso es: una ayudante. *(Chasquea sus manos y se presenta la Ayudante de Samael).*

Ayudante de Samael. ¿En qué puedo servir a mi amo?

Samael.- Toma esta corona. *(Le da la corona).* Hoy elegiremos un rey en esta plaza. *(Saca unos papeles de su maleta).* Aquí está tu guión. Memorízalo, si puedes. No te apartes mucho del texto. Muéstrate fresca y natural... *(Chasquea sus manos. La maleta sube por los aires y desaparece).*

Poco a poco va llegando la gente. Algunos vienen con palomas, otros con bueyes, con ovejas y asnos. Se escucha el sonido de un cuerno y luego el redoble de tambores. Shemihaza, Azazel, Ramael, Kokabel y Zequel llegan sentados sobre rústicos tronos transportables. Sus fieles servidores los tratan como si fueran reyes o dioses que no pisan la tierra. Los músicos tocan arpas, cítaras y címbalos. Algunas mujeres danzan. Hay mucho color y algarabía.

Zarhemla queda fascinada al ver a Shemihaza. Se abre paso entre la multitud.

Zarhemla.- ¡Shemihaza! ¡Mírame! ¡Mira hacia acá, por favor! ¡Tú aún no me conoces, pero yo te amo! ¡Yo te amo! ¡Yo te amo!

Shemihaza mira a Zarhemla, desde su trono y le sonríe.

Zarhemla.- ¡Soy Zarhemla, mi Señor! ¡Mándame ir hacia ti!

La multitud impide que Zarhemla roce con la punta de sus dedos la mano que le tiende Shemihaza. Zarhemla desaparece.

Al llegar al altar, los ángeles descienden y se sientan sobre los altos tronos. El trono de Shemihaza es el más alto de todos.

Samael.- ¡Alabanza y gloria a nuestros amados príncipes!

Todos.- ¡Alabanza y gloria!

Samael.- ¡Honor a Shemihaza!

Todos.- ¡Grande es! ¡Grande es! ¡Grande es!

Samael.- Los príncipes nos ayudan. Están a nuestro favor. Azazel nos enseñó a fabricar espadas de hierro y corazas de cobre. Por él aprendimos a extraer y a trabajar el oro y la plata. Ahora confeccionamos brazaletes, pulseras, anillos, pendientes y otros adornos para las mujeres. ¡El pueblo te aclama, Azazel!

Todos.- ¡Grande es! ¡Grande es! ¡Grande es!

Ayudante de Samael.- *(Lee el texto que le entregó Samael).* Azazel nos enseñó todo sobre el antimonio. Inventó para nosotras los cosméticos, el maquillaje de los ojos y las tinturas de los tejidos. Él nos ha refinado el gusto para admirar los adornos, las gemas y las piedras preciosas.

Todos.- ¡Grande es! ¡Grande es! ¡Grande es!

Samael.- Shemihaza nos enseñó todo sobre los encantamientos y aprendimos con él a identificar y a cortar las raíces; Hermoni, a romper los hechizos, la brujería y la magia. ¡El pueblo aclama a nuestros príncipes!

Todos.- ¡Grandes son! ¡Grandes son! ¡Grandes son!

Ayudante de Samael.- *(Lee el texto que le entregó Samael).* Baraquel descubrió para nosotros los signos de los rayos y Zequel los significados de los relámpagos. ¡El pueblo aclama a nuestros queridos príncipes!

Todos.- ¡Grandes son! ¡Grandes son! ¡Grandes son!

Samael.- Kokabel nos mostró el cielo y los presagios de las estrellas y Shamsiel los presagios del sol y Sahariel los de la luna. ¡El pueblo aclama a nuestros príncipes!

Todos.- ¡Grandes son! ¡Grandes son! ¡Grandes son!

Ayudante de Samael.- *(Lee el texto que le entregó Samael).* Artaqof nos hizo comprender las señales de la tierra...

Todos.- ¡Grande es! ¡Grande es! ¡Grande es!

Samael.- Panamuel nos mostró lo amargo y lo dulce. Nos reveló todos los secretos de su sabiduría. Nos enseñó a escribir con tinta sobre papiros y pergaminos

Todos.- ¡Grande es! ¡Grande es! ¡Grande es!

Samael.- Fundamentales han sido las enseñanzas de nuestros bienaventurados príncipes. ¿Quiénes como ellos? Caminábamos en tinieblas y han encendido la luz. Éramos ignorantes y han roto los sellos de nuestra ignorancia. Durante trescientos años han estado con nosotros, sin jamás envejecer, guiándonos pacientemente por el camino del progreso. Donde medraba un errante y disperso grupo de pastores ignorantes han consolidado una fortaleza y han erigido una ciudad. Ahora podemos llamarnos pueblo. Empezamos a escribir nuestra historia, justamente aquí, cerca de la confluencia del Tigres y el Éufrates. Debemos estar orgullosos de esto. ¡Públicamente reconozcamos el mérito de nuestros benefactores! (*Pausa, luego exclama*) ¡Shemihaza, rey!

Todos.- ¡Shemihaza, rey!, ¡Shemihaza, rey!, ¡Shemihaza, rey!

La Ayudante de Samael le entrega la corona. Samael se acerca sonriente y se inclina servil ante Shemihaza.

Samael.- ¡El pueblo te aclama como a su rey! ¡El pueblo te corona rey!

Todos.- ¡Shemihaza, rey!, ¡Shemihaza, rey!, ¡Shemihaza, rey!

Samael.- ¡Con esta corona de oro, símbolo del poder que te otorga el pueblo, te coronamos nuestro rey! ¡Larga vida al rey!

Todos.- ¡Larga vida al rey!

Shemihaza.- (*Se pone de pie*). No sé qué decir. No sé siquiera si debo aceptar esta corona.

Todos.- ¡Acéptala!, ¡Acéptala! ¡Eres nuestro rey!

Shemihaza.- Trescientos años hemos permanecido en esta bendita tierra mis compañeros y yo. Somos doscientos en total. Llegamos de repente en un carro de fuego. Nadie sabe de dónde hemos venido. Tampoco nosotros lo recordamos. Este es un secreto que guardan celosamente las divinidades. En realidad, perdimos el camino de retorno. Ahora, en este hermoso día, nos han traídos hasta esta plaza. Hemos escuchado las palabras del pueblo y estamos confusos. Sí, es verdad: dimos lo que teníamos. Servimos con buena voluntad. Pero al colocar esta pesada corona sobre mi cabeza, me pregunto en voz alta ¿por qué yo?

Todos.- ¡Tu eres el rey! ¡A ti te queremos!

Shemihaza.- Gobernar es una responsabilidad muy alta. Es una tarea ardua, un deber agobiante, especialmente cuando está todo por hacerse. Ni siquiera somos un pueblo. No tenemos leyes, organización, planes, presupuesto... La Ley es una red muy fuerte. Ahora somos libres y hacemos nuestra voluntad. Esto es bueno.

Todos.- No, no es bueno. Queremos un rey. Queremos un rey.

Shemihaza.- ¿Pero están dispuestos a someterse al duro yugo de la ley?

Todos.- ¡Queremos la ley! ¡Danos la ley!

Shemihaza.- ¿Con qué sabiduría otorgaré vuestra ley?

Samuel.- ¡Todos te ayudaremos, Señor! ¿Todos juramos obediencia ciega al rey?

Todos.- ¡Juramos obediencia ciega al rey!

Shemihaza.- *(A los demás ángeles).* ¿Qué debo hacer? ¿Qué opinan ustedes?

Azazel.- Te han elegido su rey, en hora buena.

Ramael.- Eres el más apto de todos. Yo te apoyo.

Kokabel.- ¡Viva Shemihaza! ¡Viva el rey!

Todos.- ¡Viva el rey!

Zequel.- ¡Harás un buen gobierno! ¡Acepta el cargo!

Azazel.- ¡Acepta!

Shemihaza.- ¡Acepto! ¡Yo soy su rey!

Todos.- ¡Bravo! ¡Tenemos rey! ¡Viva el rey!

Shemihaza.- Ahora, como su rey pregunto. ¿De quienes son estas efigies? ¿En honor de quiénes han erigido estas estatuas?

Samael.- En honor del rey y en honor de los príncipes.

Shemihaza.- *(Se levanta. Toma un garrote de alguno de los que están cerca de él y rompe con furia las imágenes de barro).* ¡Esta es la primera ley! ¡No levantarán imágenes ni estatuas en honor de hombre alguno!

Yared sube a la tarima y se acerca lentamente hasta donde se encuentra Shemihaza. En su pecho se puede ver claramente el pectoral con las dos piedras, el Urim y el Tumim, sostenidas con aros de plata. Avanza con su largo cayado de pastor, austero y solemne. Yared es un hombre de setenta y cinco años, pero no es un viejo: cuando tenga ciento sesenta y dos años engendrará a Enoc. Yared morirá a los novecientos sesenta y dos años.

Yared.- El espíritu del Señor late aún en ti, Shemihaza. A pesar de tus errores, la ley eterna no ha sido borrada y permanece indeleble en tu interior. Con furia te he visto arremeter contra los ídolos de barro. El Urim y el Tumim han saltado en mi pectoral y se ha alegrado mi corazón. Me regocijo por tu causa, porque al fin has escuchado la voz de Yahvé, el Dios verdadero. Por eso me acerco a ti, sin temor. *(Pausa).* Con el nombre de príncipes les conoce el pueblo, a ti y a tus ciento noventa y nueve compañeros. Yo les debo ahora invocar por sus verdaderos nombres. ¡Salud, ángeles del Señor!

Voz del pueblo 1.- ¿Ángeles?

Voz del pueblo 2.- ¡Son ángeles del Señor!

Voz del pueblo 3.- ¿Quién es ese Yahvé?

Voz del pueblo 4.- Yahvé es Dios.

Voz del pueblo 1.- ¿Quién es ese hombre?

Voz del pueblo 2.- ¡Jamás lo hemos visto!

Shemihaza.- ¿Quién eres tú? ¿Por qué me hablas de esa forma? ¿De dónde procede tu autoridad?

Yared.- Yo soy Yared, hijo de Mahalalel, hijo de Kainan, hijo de Enos, hijo de Seth, hijo de Adán.

Shemihaza.- ¿Qué quieres de mí?

Yared.- Desde que fueran enviados por el Señor a esta tierra, muchos son los que se han descarriado. El Señor los mandó para instruir a los hombres en la fe, pero no han cumplido con su mandamiento. Por tu causa, Shemihaza y por la de tus compañeros, el pueblo no conoce a su Dios y le ha dado la espalda. Ustedes han enseñado al hombre a fabricar espadas de hierro y corazas de cobre. Pero esto los convertirá en asesinos. Brazaletes, ajorcas, pendientes, anillos han fabricado y todo esto intensificará la lujuria y minará la virtud de las mujeres. La maldad de los hechizos, el arte negro de la brujería y de la magia han enseñado. Pero esto es abominación y está en contra de los designios de Yahvé. También las letras y el arte de la escritura, que tú piensas que es buena por sí misma, los encaminará al mal. Porque los hombres no han sido traídos al mundo con el propósito de afianzar su creencia en la tinta y el papel, sino que los humanos han sido creados con la intención de que vivan puros y justos para que la muerte, que todo lo destruye, no pueda alcanzarles. Pero por culpa de este conocimiento, el poder de la muerte los devora. Ahora te han elegido rey. Han colocado una corona sobre tu cabeza. ¿No sabes, Shemihaza, que todo poder viene de Dios? Todavía estás a tiempo de rectificar, ¡Oh ángel del Señor! ¡No mancilles la tierra! ¡No tomes como mujer a ninguna de las hijas de los hombres! ¡Rechaza esa corona! ¡Arrójala lejos de ti!

Shemihaza se quita la corona y la contempla, indeciso.

Voz del pueblo 1.- ¡Fuera Yared!

Voz del pueblo 2.- ¡Muerte a Yared!

Todos.- ¡Shemihaza, rey!, ¡Shemihaza, rey!, ¡Shemihaza, rey!

Algunos hombres avanzan hasta Yared y lo arrastran.

Shemihaza.- ¡Suéltelo! ¡Nadie será encerrado ni perseguido por lo que piensa o por lo que cree!
¡Esta es la segunda ley!

Los hombres sueltan a Yared.

Samael.- Si tú eres el rey y también eres el ángel del Señor, yo seré el Sumo Sacerdote de ese Dios proclamado por Yared. Entonces Yahvé conducirá y amará este pueblo.

Shemihaza.- ¡Yahvé conducirá y amará este pueblo!

¡Shemihaza se corona rey!

Todos.- ¡Viva el rey!

Telón

Escena V

Antes de abrirse el telón, un par de angelitos cruzan el escenario. Llevan un cartel en el que se ha escrito: "PALACIO DE SHEMIHAZA: 130 AÑOS DESPUÉS".

La sala del trono.

Heraldo del rey.- El hombre que mandaste llamar espera tu venia para entrar, poderoso señor.

Shemihaza.- Hazle pasar.

Dos guardias traen a Enoc maniatado. El profeta ostenta el sagrado pectoral con las planchas Urim y Tumim. Los guardias le presentan ante el rey y le forzan a postrarse delante del trono.

Enoc.- *(Desde el suelo, indómito, levanta la cabeza y grita).* ¡Nadie será encerrado ni perseguido por lo que piensa o por lo que cree! ¡Esta es la segunda ley! ¡No son estas tus palabras, Shemihaza?

Shemihaza.- *(A los guardias).* ¿No ven que es un hombre libre? Tiene derecho a permanecer de pie. *(A Enoc).* Puedes levantarte. No te doblego.

Los guardias permiten que Enoc se levante, pero lo mantienen sujeto con gruesas cuerdas

Shemihaza.- ¿Quién eres tú? ¿Por qué siembras la confusión y el desconcierto en mi reino?

Enoc.- Yo soy Enoc, hijo de Yared.

Shemihaza.- ¿Hijo de Yared?

Enoc.- Tú lo has dicho.

Shemihaza.- ¿Tienes mujer? ¿Has procreado descendencia?

Enoc.- Voto de celibato he hecho al Señor, mi Dios. Vivo como un anacoreta, apartado del mundo y su maldad.

Shemihaza.- Algunos dicen que eres un profeta. Otros, te acusan de sedición...

Enoc.- ¿De quién recibiste el poder para traerme hasta aquí y postrarme ante tus plantas?

Shemihaza.- Soy el rey. El pueblo me ha elegido.

Enoc.- Entonces no tienes autoridad alguna sobre mí. Todo poder viene de Dios.

Shemihaza.- *(A los guardias).* ¡Libérenlo! ¡Déjenme solo con él!

Los guardias retiran las cuerdas del cuerpo de Enoc y abandonan el escenario.

Shemihaza.- «¡Nadie será encerrado ni perseguido por lo que piensa o por lo que cree!» ¡Tienes la razón! ¡Esta es la segunda ley que yo impuse al pueblo... hace ciento treinta años! ¡Ninguno de mis súbditos se atrevió jamás a invocar la ley en su favor! Casi ya la había olvidado...

Enoc da media vuelta y avanza hasta la puerta de salida.

Shemihaza.- Espera, Enoc. Quiero saber algo.

Enoc se detiene y enfrenta al rey.

Enoc.- ¿Qué deseas saber? ¿Cuáles son tus dudas?

Shemihaza.- Si unimos un palomo con una lechuza...

Enoc.- ¡Es abominación!

Shemihaza.- Un carnero con una loba...

Enoc.- ¡Es abominación!

Shemihaza.- Un cisne con una mujer...

Enoc.- ¡Abominación!, ¡Abominación!, ¡Abominación!..

Enoc da media vuelta y avanza hasta la puerta de salida.

Shemihaza.- ¡Enoc! ¿Quién crees tú que soy yo?

Enoc.- Un ángel de Yahvé que ha extraviado su camino, que ha olvidado su misión. Un ángel que ha instaurado el culto a Yahvé, pero que ha designado al demonio como Sumo Sacerdote. ¡Shemihaza, estás descarriado! ¡No olvides que te vigilan!

Shemihaza.- ¿Quiénes? ¿Quiénes me vigilan?

Enoc.- He aquí los nombres de los que te vigilan de cerca: Uriel, llamado el ángel del trueno y del temblor. Rafael, el ángel de los espíritus de los humanos. Rael, el ángel que se venga del mundo de las luminarias. Miguel, el ángel encargado de la mejor parte de la humanidad y del pueblo. Sariel, el ángel que vela por los espíritus de los hijos de los hombres que pecan. Gabriel, el ángel del paraíso, las serpientes y los querubines. Remeiel, el ángel que cuida de los resucitados.

Shemihaza.- Ángeles, ángeles... Dime ¿dónde están esos ángeles? Quiero pedirles que me den sabiduría para gobernar con justicia y rectitud este pueblo.

Enoc.- ¿No practicas tú la magia y la hechicería? Los magos y los encantadores jamás lograrán penetrar los secretos de Dios, porque no entienden el origen de la sabiduría. El libro de las revelaciones está sellado para los impíos.

Shemihaza.- ¿Y cómo sabes tú todas las cosas que me has dicho?

Enoc.- ¡Todo está escrito! Mira tú mismo el pectoral con las planchas y sus aros de plata. El Urim y el Tumim es lo que hace vidente al vidente. (*El pectoral resplandece con una luz enceguedora*). Estas preciosas piedras me permiten traducir a lengua humana los libros escritos por el dedo de Dios.

Shemihaza.- Cubre tu pectoral, Enoc. Esa luz me perturba.

Enoc cubre las piedras con su manto. Empiezan a congregarse los ángeles, a las puertas del palacio de Shemihaza. Se escucha el batir de sus alas y el roce de sus escudos de bronce.

Enoc.- Veo a Yahvé, como te veo hoy a ti, frente a frente. Escucho las palabras de los ángeles y de los santos.

Shemihaza.- ¿Y qué has escuchado, Enoc?

Enoc.- Que tú y los ángeles que vinieron contigo desde el cielo tendrán un cónclave...

Se intensifica el ruido del tumulto, a las puertas del palacio.

Shemihaza.- ¿Una asamblea? ¿A puerta cerrada? Yo no los he convocado... ¿Quién lo ha hecho?

Enoc.- En breve se realizará esa reunión. Aquí mismo, en este tu palacio. Ya esperan afuera tus compañeros. ¿No escuchas acaso cómo se impacientan por pasar?

La bulla de los ángeles, que pugnan por pasar, se intensifica.

Shemihaza.- (*Llama, en voz alta*). ¡Heraldo!

Entra a escena el heraldo del rey.

El heraldo del rey.- ¿Señor?

Shemihaza.- ¿Qué pasa, dime? ¿Qué es ese alboroto?

El heraldo del rey.- Son los príncipes, mi Señor. Dicen que tú los recibirás este día. Baten sus alas y levantan el polvo de la tierra. Revolotean impacientes alrededor de la entrada, como si se tratara de una bandada de voraces buitres...

Shemihaza.- (*Visiblemente molesto*). ¡Diles que esperen! ¡Diles que yo los llamaré, cuando llegue el momento! ¡Ahora, vete!

El heraldo del rey se retira.

Shemihaza.- ¿Para qué han venido, Enoc?

Enoc.- Los ángeles, a los que el pueblo llama príncipes, han acudido ante ti para que legalices su pecado. A pretexto de asegurar tu linaje, te pedirán que tomes mujer entre los hombres. Demandarán tu autorización para tomar mujeres legalmente, entre los hijos de los hombres.

Shemihaza.- ¿Y eso es lícito, Enoc? ¿Está eso libre de culpa?

Enoc.- Tus compañeros se han corrompido: sus actos son abominables a los ojos del Altísimo. Escucha, Shemihaza! Jamás olvides que eres un espíritu. Eres un ángel del Señor. La morada de los espíritus del cielo es el cielo. A los hombres que mueren les es lícito fecundar a sus esposas y engendrar hijos, para que no falte su especie sobre la faz de la tierra. Pero los ángeles no mueren, son inmortales. Viven, sin envejecer, una vida eterna, de generación en generación. No necesitan, por tanto, reproducirse ni multiplicarse. Así lo ha dispuesto Yahvé. ¿Por qué quieren abandonar el cielo y acostarse con mujeres, profanando la pureza de sus espíritus con las hijas de los hombres? ¡Si toman por esposas a las hijas de la tierra, engendrarán gigantes! ¡Si entregan su lujuria a las bestias, engendrarán monstruos! No te manches Shemihaza con la sangre y la carne de las mujeres. No desciendas, Shemihaza, al nivel de las bestias...

Shemihaza.- ¿Entonces? ¿Debo oponerme a sus demandas?

Enoc.- Si te opones a sus demandas te destronarán y Azazel asumirá el trono.

Shemihaza.- ¿Qué debo hacer, Enoc?

Enoc.- Te contestaré con las mismas palabras de Yared, mi padre: “Han colocado una corona sobre tu cabeza. ¿No sabes, Shemihaza, que todo poder viene de Dios? Todavía estás a tiempo de rectificar, ¡Oh ángel del Señor! ¡No mancilles la tierra! ¡No tomes como mujer a ninguna de las hijas de los hombres! ¡Tampoco entregues tu semilla a las bestias! ¡Rechaza esa corona! ¡Arrójala lejos de ti! ¡Desenvaina tu espada! ¡Lucha contra ellos! ¡La fuerza de Yahvé estará contigo!”

Enoc da media vuelta. Abandona al rey. Shemihaza queda pensativo, indeciso. Sin saber qué hacer.

Shemihaza.- ¿Una guerra entre príncipes? El reino se dividiría. Los ángeles no morirían, pero los cadáveres de los hombres cubrirían las calles y las plazas. ¿Es ese el mandato de Yahvé?

Entra el heraldo del rey.

Heraldo del rey.- Los príncipes piden permiso para pasar a la sala del trono, poderoso señor.

Shemihaza no responde.

Heraldo del rey.- Los príncipes piden permiso para pasar a la sala del trono, poderoso señor.

Shemihaza.- ¡Oh Señor, ilumina a tu siervo! ¿Qué debo hacer, Señor?

Entra Samael. Viste como Sumo Sacerdote.

Samael.- ¡Poderoso rey! ¡Contra ti se fragua una odiosa rebelión! Unos están a tu favor, otros en tu contra. Tú que eres amante de la paz, ¿permitirás que estalle una guerra intestina entre hermanos? Tú y el resto de tus compañeros han heredado la tierra. Te corresponde entonces imponer justicia. Deja que los tuyos tomen mujer entre los hijos de los hombres. Sella de esta manera una alianza perdurable entre los príncipes y los hombres. Consolida un gobierno fuerte. ¡Esta es la voluntad del Señor!

Shemihaza.- *(Al heraldo).* ¡Di a los príncipes que entren!

Sale el heraldo del rey. Ingresan a escena Azazel, Ramael, Kokabel y Zequel.

Azazel.- ¡Viva para siempre mi señor, el rey Shemihaza! *(Se inclina ante Shemihaza).*

Ramael, Kokabel y Zequel.- Viva para siempre mi señor, el rey.

Shemihaza.- ¿Qué desean los príncipes?

Azazel.- Majestad. Hace cuatrocientos treinta años llegamos a estas hermosas y fructíferas tierras. Somos en total doscientos compañeros, como tú lo sabes. Permanecemos unidos y guardamos una celosa disciplina y cohesión entre nosotros. Respetamos las jerarquías y estamos contentos con el gobierno que has logrado establecer. Una soberbia ciudad se levanta, envidia de las ciudades vecinas. Este es un pueblo pacífico, sin lugar a dudas. Todo esto es bueno y queremos que tú lo sepas.

Shemihaza.- ¿Entonces? ¡Digan ahora lo que quieren!

Kokabel.- Nos gusta la ciudad que se construye. Nos gusta vivir aquí.

Zequel.- Creemos que sería mejor si echamos raíces...

Shemihaza.- ¿Si echamos raíces? ¿Somos árboles, acaso? ¡Explícate, Zequel!

Zequel.- Digo... es decir, todos... todos pensamos que sería mejor si nos casáramos... si tuviéramos una familia... como lo hacen los hombres.

Shemihaza.- ¿Casarse? ¿Tomar esposa, dices?

Ramael.- ¡Tener hijos, Majestad! ¡Tener hijos!

Shemihaza.- ¡Ya veo! ¿Y... eso... para qué?

Azazel.- Los seres anteriores son gobernados por los posteriores.

Shemihaza.- No entiendo.

Samael.- Dios hizo a los animales. Después hizo al hombre. El hombre gobierna a los animales. Si Dios crea otra clase de seres, éstos últimos gobernarán sobre los hombres.

Azazel.- Si nosotros escogemos mujeres entre los hijos de los hombres engendraremos una nueva raza: fuerte y poderosa.

Shemihaza.- ¿Una raza... de gigantes?

Samael.- Una raza de héroes, Majestad.

Azazel.- Presiento que esa es nuestra misión sobre la tierra. Si no la cumplimos, Dios mismo enviará nuevos seres que usurpen tu bien establecido gobierno.

Shemihaza.- No lo sé.

Ramael.- ¿Por qué lo dudas? ¿Qué te detiene?

Shemihaza.- Temo que no querrán después convertir en acciones sus palabras. Si solamente soy yo el que toma una de esas mujeres... entonces seré el único responsable de un gran pecado...

Samael.- Nadie está hablando de pecado, Majestad. Hablamos de santos matrimonios, de matrimonios bendecidos por el propio Yahvé, ante su altar sagrado.

Azazel.- ¡No te dejaremos solo, Shemihaza! *(Al resto de ángeles)*. Hagamos un juramento solemne. Comprometámonos bajo anatema a no retroceder en este proyecto hasta ejecutarlo realmente.

Ramael, Kokabel y Zequel.- Juramos bajo anatema tomar mujer y engendrar una nueva y poderosa raza. Una raza de súper hombres.

Shemihaza.- Uniremos el palomo con la lechuza, el carnero con la loba, el cisne con la hija del hombre...

Telón

Escena VI

Antes de abrirse el telón dos pequeños ángeles cruzan de lado a lado el escenario. Portan un cartel en el que se lee: "PALACIO DE SHEMIHAZA: 20 AÑOS DESPUÉS".

En el escenario se debe diferenciar el cielo y la tierra. Arriba, engalanado de nubes, estará el balcón del cielo. Allí veremos luego a Dios y a sus ángeles. En la tierra, la gran muralla y la entrada del palacio de Shemihaza.

Al abrirse el telón la atención deberá centrarse en el enorme palacio. Junto a los soberbios muros ciclópeos, se ve montones de basura y desperdicios. Los buitres revolotean o desgarran las carnes putrefactas que han abandonado los glotones gigantes. Se aproxima la noche y la niebla impide una correcta visibilidad.

Afuera del palacio:

Entra una mujer joven, aproximadamente de unos veinte años. Corre. Está desesperada. Trata de ocultarse entre los árboles. Detrás de ella, dos ángeles avanzan. Las grandes alas plumíferas y las espadas de fuego los delatan. Ríen y se burlan. Buscan a la fugitiva. La encuentran. La desnudan. La toman entre sus fuertes brazos. La mujer forcejea...

Mujer.- ¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Por piedad, ayúdenme! ¡No! ¡No!

Los ángeles salen con su presa. Todo vuelve a quedar en calma. Al cabo de un momento entran dos hombres a escena.

Hombre 1.- ¡Qué fetidez! Mira toda esa basura acumulada. ¿No queda por aquí el palacio del rey? No debimos venir por este sendero.

Hombre 2.- *(Horrorizado)* Si esos malditos llegan a vernos... somos hombres muertos.

Hombre 1.- Fíjate. Dejan sin enterrar los restos de los animales que devoran. No pueden dominar su gula. Tampoco pueden dominar su lujuria.

Hombre 2.- Los propios príncipes son lujuriosos. Los gigantes han heredado las taras de sus padres.

Hombre 1.- ¿Si sabes lo que han hecho? Han metido al palacio de Shemihaza doscientas asnas, doscientas camellas, doscientas ovejas, doscientas chivas, doscientas hembras de cada especie animal...

Hombre 2.- ¿Para qué eligieron a esas bestias?

Hombre 1.- ¿De dónde crees que ha nacido tanto monstruo? Seleccionan a las bestias para mantener relaciones con ellas.

Hombre 2.- ¡Se han bestializado! ¡Ya están totalmente abestiados! ¿Cómo pasó? ¿Estaban borrachos? ¿Se habían embriagado con vino?

Hombre 1.- ¿Cómo podríamos saberlo nosotros? Nadie conoce con exactitud lo que pasa detrás de los muros que rodean el palacio del rey.

Hombre 2.- (*Con miedo*). Dicen que los gigantes han empezado a...

Hombre 1.- ¿A matar seres humanos?

Hombre 2.- ¡Sí!

Hombre 1.- Yo también he oído algo de eso. Sin embargo, no creo que lleguen a tanto...

Hombre 2.- Será mejor que nos larguemos de aquí lo más rápidamente posible...

Hombre 1.- Viciado está el aire a causa de estos monstruos. Vapores nauseabundos se elevan hasta el cielo.

Hombre 2.- Todo lo que la tierra produce lo devoran los gigantes: los grandes peces, los frutos y los cereales, las bestias y hasta los reptiles. Nada vivo dejan esas bestias.

Se encienden antorchas en el palacio de Shemihaza.

Hombre 1.- Corre, hermano. Corre por tu vida.

Hombre 2.- No te separes de mí. No me abandones.

Hombre 1.- Rápido. Ven. Por acá. Que no nos vayan a descubrir.

Los hombres huyen. La escena queda desierta. Brilla la luna. Salen las estrellas. El cielo se ilumina. Entre las nubes se ve a los arcángeles Miguel, Rafael y Sariel. Ellos claman ante el trono de Dios para que ponga fin a los desmanes que causan los gigantes.

Arriba, en el cielo:

Miguel.- Hasta las mismas puertas del cielo llega el grito y el lamento de los hijos de la tierra, a causa de la destrucción y muerte.

Rafael.- (*A Dios*). Escúchame, Señor. Soy Rafael. Me has designado Jefe de la Virtud, guardián del Árbol de la Vida y estoy a cargo del mantenimiento de la tierra, del hombre y de todo ser vivo. Tareas nobles y compasivas me has encomendado. “Dios nos sana” significa mi nombre. Eso es bueno y santo. Quizá por esto no pueden mis ojos contemplar sin conmovirse tanto dolor y sangre. ¿Hasta cuándo vas a permitir estos desafueros, poderoso Señor?

Sariel.- *(A Dios)*. Tú eres nuestro Señor, el Dios único. Los cielos son el trono de tu gloria y la tierra el escabel de tus pies. Eres tú el creador y en ti reside el poder sobre las cosas. Nada queda oculto a tus ojos: todo es descubierto en plena desnudez ante ti. Nada se te puede esconder. Has visto lo que han hecho Azazel y Shemihaza. Han enseñado toda injusticia sobre la tierra y han revelado los secretos eternos que se cumplen en los cielos.

Miguel.- *(A Dios)*. Shemihaza, sí, el que tú designaste Jefe de Misión y le otorgaste el gobierno sobre sus compañeros, se ha arrogado el gobierno de los hombres.

Sariel.- Este ángel y sus compañeros han tomado esposas entre las hijas de los hombres y se han acostado con ellas y se han profanado a sí mismos descubriéndoles todo pecado.

Rafael.- Por esto las mujeres han parido gigantes y la tierra se ha llenado de sangre e injusticia.

Miguel.- *(A Dios)*. Y ahora mira. Las almas de los que han muerto gritan y se lamentan hasta las puertas del cielo y su gemido ha subido y no puede cesar debido a la injusticia que se comete en la tierra.

Sariel.- *(A Dios)*. Pero tú que conoces las cosas antes de que sucedan, tú que sabes lo que pasará, tú, Gran Dios, los toleras y no nos dices qué debemos hacer para acabar con esto.

Dios.- Espera, Sariel. La justicia tiene su propio tiempo... Jamás destruí ni destruiré a generación alguna sin previa advertencia. Lento soy en la cólera, pero rápido en el perdón. Solo impondré el castigo una vez que lo hayan predicho los profetas inspirados por mi espíritu... y no se hubieren arrepentido los transgresores de mi ley...

La luna se oculta. Las estrellas desaparecen del cielo. Sale Shemihaza de su palacio y enciende las antorchas de la entrada. Luego de esto se sienta sobre una piedra.

Afuera del palacio:

Shemihaza.- ¡Oh Señor! Estoy tan confundido. Debe ser grande mi pecado. Pero ignoro los cargos. No sé de qué me acusas ni por qué me castigas. Gigantes monstruosos insaciables ha producido mi semilla. ¿Quién soy, en verdad, Señor? *(Pausa)*. Enoc dice que soy uno de tus ángeles. Yared, su padre, también me llamó ángel del Señor. ¿Lo soy? ¡Dime, Yahvé! ¡Con- testa mis preguntas! *(La luz de un relámpago ilumina la escena, luego se escucha el ruido ensordecedor del trueno)*. Si en verdad soy uno de tus amados ángeles... ¿por qué nada recuerdo? Esas alas colgadas de una viga... La imagen de un carro de fuego que se pierde en la cima de una colina. Eso es todo lo que tengo y solo eso me sustenta. Tanto tiempo ha pasado... ¿De dónde vinimos? ¿Hacia dónde íbamos? ¿Cuál era nuestra misión? Los que lle- gamos en el carro de fuego éramos diferentes, distintos... a los hombres que habitan estas tierra... Teníamos alas y podíamos volar a voluntad. Pero no solo eso... sabíamos muchas cosas, dominábamos muchas artes... Entonces... ¿hicimos mal en compartir? ¿Es ese nuestro verdadero pecado? *(Luz de trueno y ruido de relámpago)*. Entiendo tus palabras, Señor. Elocuente es tu lenguaje... No, claro que no. Ese no es nuestro verdadero pecado. El habernos arrastrado en el fango: esa fue nuestra culpa. *(Tempestad de rayos, ráfaga de truenos. Lluvia torrencial sobre el escenario)*. ¡Habla, sigue hablando, Señor, que tu ángel te escucha! El habernos corrompido con mujeres y animales: ese fue nuestro real pecado. Oh, Señor... ya lo estoy entendiendo y me avergüenzo. Si, en verdad éramos ángeles... Si, en verdad lo éramos... ¡Qué bajo hemos descendido! *(Cesa la tormenta)*.

Sale del palacio Zarhemla, mujer de Shemihaza. Ve al ángel y se le acerca.

Zarhemla.- ¿Qué te pasa?

Shemihaza.- ¿A mí?

Zarhemla.- A ti, sí. A ti, mi rey.

Shemihaza.- Pensaba. Solamente pensaba.

Zarhemla.- ¿Lloras? ¿Llora el rey? ¿Llora el hombre más poderoso de este reino? Entonces quiere decir que todo está perdido. ¡Negra noche de fatídicos pronósticos! ¿No eres feliz? ¿Ya no me quieres a tu lado? ¿Tanto he envejecido? Marchito está mi rostro y marchito mi cuerpo pero tú eres el mismo y jamás envejeces. ¡Oh dioses! ¿Cómo podemos recuperar los días de la bienaventuranza? ¿Recuerdas el día de tu coronación? Venías soberbio sobre un trono de cedro y yo me aproximé hasta ti. « ¡Te quiero!» Grité con todas mis fuerzas. Yo no sé si tú me oíste o no. Había tanta gente, tanto barullo. Entonces extendiste tu mano para tocar mis dedos. ¡Que emoción sentí en ese momento! ¡Casi me desmayo! ¿Y cuando me trajeron hasta tu palacio? Éramos en total veinte vírgenes desnudas. Todas reíamos y bailábamos en tu presencia, fascinadas de estar frente a ti. Entonces tú levantaste tu mano y dijiste: “quiero a esa” y un rayo me fulminó en ese instante, porque supe que tú me habías elegido... ¿Te aburren mis historias? Ya me callo. Ya estoy callada. Solamente me sentaré aquí, a tu lado, para que no estés solo... ¡Hace frío! ¿No quieres entrar? ¿Ya no me deseas? Te siento tan distante.

Shemihaza.- Dime mujer... ¿Has sido feliz a mi lado?

Zarhemla.- ¿Qué si lo he sido? ¡Tú eres mi felicidad! Dos hijos he parido para ti. Robustos y vivaces. ¡También ellos son mi felicidad, porque vienen de tí! Orgulloso debes estar de Hiwa y de Hiya.

Shemihaza.- ¿Orgulloso? ¿Cómo puedo estar orgulloso de haber pecado contra mi Dios? ¡Jamás debí casarme! ¡Soy un ángel! ¿Qué debo hacer, Señor para merecer tu misericordia?

Zarhemla.- Son tan especiales esos muchachos. Son tan fuertes. Son tan distintos...

Shemihaza.- ¿Cómo pudo pasar? ¿Qué podemos hacer para remediar el mal que hemos causado? Cada uno de mis hijos come diariamente mil camellos, mil caballos y mil bueyes. Cada uno de ellos mide 450 pies de altura. ¿Te parece que eso es normal? Hemos creado monstruos. Despóticos, intratables, altaneros, estúpidos son los hijos que me has dado. Confiados en su fuerza desdeñan toda virtud. Hiwa e Hiya son incapaces de comprender, incapaces de adquirir el verdadero conocimiento... No hemos traído al mundo una raza de súper hombres. Hemos engendrado monstruos abominables.

Zarhemla.- ¿Y lo dices tú, que eres su padre? ¿No crees que exageras un poco? Comer, claro que comen, pero no tanto como dices. Altos... sí, reconozco que son bastante altos... y quizá un poco torpes... (*Pausa*). Dime, ¿qué debo hacer para que nuestros hijos adquieran el “verdadero conocimiento” y diferencien el bien del mal?

Shemihaza.- ¿No te lo he dicho ya, en varias ocasiones? Manteca y miel debes darles a comer para que sepan desechar lo malo y escoger lo bueno. ¿Les has dado?

Zarhemla.- Les he dado. Claro que les he dado. Pero se hartan igualmente de la manteca y de la miel sin siquiera diferenciar lo uno de lo otro.

Shemihaza.- No sé qué hacer con ellos. En realidad, no sé qué hacer con toda esa raza maldita que todo lo destruye, que todo lo engulle, que todo lo infesta.

Zarhemla.- ¡Shemihaza, son nuestros propios hijos! ¡Son la carne de nuestra propia carne! Además, ¿De qué te quejas? ¿No eres tú el supremo mandamás? Ordena a esos vagos, a los siervos que nos sirven, que traigan más comida y más animales. Que sirvan para algo...

Shemihaza.- No. No lo haré, mujer. Si tus hijos quieren comer, deberán cazar ellos mismos, deberán pescar ellos mismos, deberán recolectar ellos mismos los frutos de la tierra. No podemos cebar tanto vicio y tanta gula. Expediré un decreto... ¡El que quiera comer que trabaje!

Zarhemla.- No lo hagas, Shemihaza. Los príncipes jamás van a tolerarlo. Al fin y al cabo... ellos también tienen hijos gigantescos. Los quieren. Están orgullosos de ellos.

Shemihaza.- Imploraré a Dios. Le pediré su ayuda.

Shemihaza y su mujer apagan las antorchas y entran al palacio. Sale nuevamente la luna y se ilumina el cielo. Aparece Dios, compasivo.

Arriba, en el cielo:

Dios.- He escuchado tu oración, Shemihaza. Mira. Aún no te he abandonado. Haré llover sobre tus hijos maná de diferentes sabores, para que no sientan la tentación de comer carne. Multiplicaré en los campos el cereal y las hortalizas.

Dios se retira del balcón del cielo. La luna se esconde y reina la oscuridad. Silencio absoluto. Luego de eso se escucha el canto de algunos gallos. Amanece. Un nuevo sol resplandece en el horizonte. Los hijos de Shemihaza salen fuera del palacio. Están furiosos.

Afuera del palacio:

Hiwa.- ¿Y esto quieren que comamos? Maná, maná, todos los días este insípido maná.

Hiya.- Matemos esos animales y saciemos nuestra hambre como es debido.

Pasan dos labriegos con una yunta de bueyes.

Hiwa.- ¿Y si probáramos la carne de esos labriegos? Dicen que la carne del hombre es tan agradable y dulce como la de las langostas... siempre y cuando esté bien sazonada... Mira, hermano, están bastante apetitosos.

Hiya.- ¿Por qué no, hermano? ¿No somos, acaso, los hijos del rey?

Los dos gigantes se abalanzan sobre los labriegos, los matan y los devoran.

Telón

Escena VII

Escena en la tierra. Un verde valle se extiende perezoso desde la colina. Es media mañana. Los tibios rayos del sol proyectan su luz sobre las hojas de los árboles. La orilla del río permanece solitaria. Solamente Samael, sentado sobre una roca, contempla fascinado el agua que corre dando brincos.

Samael.- *(Levanta sus ojos al cielo e interroga).* ¡Yahvé! ¿Estás allí? ¡Sé que estás allí! ¡Siempre estás! *(Se para sobre la roca. Levanta sus ojos y sus manos al cielo y grita).* ¿Por qué los atormentas con sueños? ¿Por qué te complaces en hacerlos sufrir? Si los vas a eliminar, elimínalos, pero no los tengas en ascuas. Si vas a destruirlos, no siembres falsas esperanzas. ¿Has tomado ya esa cruel decisión? He visto a los profetas enviados por ti. Todos ellos con sus ojos desorbitados y sus brazos epilépticos... Gritan tus profetas que inundarás la tierra con un diluvio. ¿Es eso verdad? Entonces... ¿todo está perdido? ¿Es el final de la partida? ¿Se acabó el juego? ¿Qué ganarías con eso? ¡Morirán los gigantes y los hombres maldiciendo tu nombre! *(Baja de la roca y se queda un rato pensativo, con la cabeza entre las manos. Luego, se para y habla directamente al cielo).* ¿Sabes una cosa? Anoche me llamó Shemihaza. No sabía qué hacer. Dijo que en sueños escuchó tu voz. Me dijo que traería hasta este río a sus dos hijos: Hiwa e Hiya. Quiere ofrecértelos en sacrificio. Dijo que los ahogará. “Son el fruto del pecado”, clamaba. “Y por eso debo destruirlos”. ¿Tú le inspiraste este supremo sacrificio? ¿En verdad fuiste tú? ¿Quieres que lo haga... o solamente deseas comprobar su fidelidad hacia ti? Los ama. Tú sabes cuánto los ama y sin embargo... por ti... está dispuesto a... Por tu causa es capaz de matarlos... ¿Lo escuchas venir? ¿Oyes sus pisadas? El padre y sus hijos se acercan al lugar donde se cometerá sin duda un horrendo crimen... a menos, claro está... que alguien los ayude...

Samael se esconde detrás de unos matorrales. Por el sendero del río llegan Hiwa, Hiya y Shemihaza.

Shemihaza.- Este es el punto, hijos míos. Entren al río.

Hiwa.- ¿Nos enseñarás a pescar, padre?

Shemihaza.- Ya les he enseñado, pero no tienen paciencia. Mueven bruscamente el anzuelo y no permanecen en silencio. Así, nada atraparán. Ahora, entren al río.

Hiwa e Hiya obedecen y entran al río.

Hiya.- El agua está fría y pescar es aburrido, padre.

Shemihaza.- ¿No te gusta el pescado?

Hiya.- *(Grita)* ¿Qué dices? ¡Habla más alto! ¡Tu voz casi no se escucha, a causa del ruido que levanta el torrencioso río!

Shemihaza.- *(Grita).* ¿No te gusta el pescado?

Hiya.- *(Grita).* ¡Me encanta!

Shemihaza.- *(Grita).* ¿Entonces?

Shemihaza desenvaina su espada. Levanta sus brazos y avanza hacia el agua. Los hijos no se dan cuenta de las intenciones del padre. Permanecen tranquilos en el río, de espaldas a la orilla.

Shemihaza.- *(Eleva su oración al cielo).* ¡Recibe, oh Yahvé, este cruento sacrificio! ¡Estos son los frutos de mi desviado, pero no por eso verdadero, amor! ¡Recibe a estos hijos míos como prueba de mi sometimiento hacia ti! ¡Oh Señor, si te es posible, aparta de mí este dolor de muerte! ¡De un solo tajo volaré sus dos cabezas y así será menor mi agonía!

Voz de Samael.- *(Detrás del arbusto).* ¡Vuelve tu espada a la vaina, Shemihaza! ¡Tus hijos han sido purificados por el agua!

Shemihaza.- *(Grita).* ¿Qué? ¿Quién dijo eso?

Hiya.- (*Grita*). Lo sé padre... si no pesco algo, no como... Pero eso es injusto...

Shemihaza baja su espada y la guarda en la vaina. Retrocede con temor. Va y busca detrás de algunos arbustos pero nada encuentra.

Hiwa.- (*Grita*). Nos estamos muriendo del hambre y del frío.

Shemihaza.- (*Aparte, para sí mismo*). ¿Me estaré volviendo loco? (*Grita a sus hijos*). ¡Salgan del agua!

Hiwa e Hiya salen del agua.

Shemihaza.- ¿Lo oyeron? Yo escuché que alguien decía: “¡Tus hijos han sido purificados por el agua!”.

Hiwa.- El que dijo eso tiene mucha razón, padre. Si ese frío no ha logrado purificarnos... nada nos podría ya limpiar. Nos hacía falta un buen baño... En cuanto a las voces, debemos decir que nosotros también las escuchamos. ¡A menudo escuchamos voces, padre! ¡Jamás logramos saber de dónde vienen!

Hiya.- Algunas veces escucho voces dentro de mi propia cabeza, padre. ¿Tú también las escuchas?

Hiwa.- A nosotros nos pasa lo mismo. Oímos voces dentro de nuestra propia cabeza. Son voces sordas y huecas. Eso ocurre casi siempre que tenemos hambre. Pero mucho peor es cuando vamos a la cama sin haber comido lo suficiente. Entonces tenemos pesadillas.

Hiwa.- Si, pesadillas horribles.

Hiya.- ¿Te las podemos contar?

Shemihaza.- ¿Es que también ustedes sueñan?

Hiwa.- Claro que soñamos y tenemos visiones... Yo, por ejemplo, Soñé con una gran roca que alguien había colocado sobre la tierra. Era una piedra enorme, plana reluciente, parecida a la tabla de una mesa. En esta plancha estaba inscrita una leyenda. Entonces llegó un ángel y raspaba la piedra con un cuchillo y dejaba solamente cuatro letras.

Shemihaza.- ¿Dices que un ángel raspaba con un cuchillo esa piedra?

Hiwa.- Si, era un ángel.

Shemihaza.- ¿Cómo sabes... que era un ángel?

Hiwa.- Porque era como tú, padre. Su rostro era como el tuyo, reluciente y brillaba con una luz azul. Era hermoso. Su cuerpo y sus modales, majestuosos y las plumas de sus alas jugaban con el viento...

Hiya.- Yo también soñé y eso fue muy triste. Al despertar no pude contenerme y lloré.

Shemihaza.- ¿Tú, Hiya, lloraste?

Hiya mueve su cabeza y dice que sí, que sí ha llorado. Entra el gigante Mahway. Al escuchar que Hiya contará a Shemihaza el sueño que ha tenido, se detiene y escucha, sin ser visto por el rey y sus hijos.

Hiya.- Soñé con un huerto de árboles frutales. Era un vergel hermoso y apacible. Entonces llegaron unos ángeles y empezaron a cortar las flores, los arbustos, los árboles y todo lo que encontraban a su paso. Yo les suplicaba que se detengan, que no talen más árboles, porque

los pájaros no tendrían dónde colgar sus nidos. Pero ellos no me escucharon. Lo tumbaron todo, hasta que el paisaje quedó desolado y yermo. Y solo quedó un árbol de tres ramas.

Shemihaza.- Sueños de muerte y destrucción me cuentan, hijos míos. Nada bueno nos indican esos mensajes premonitorios. Una catástrofe se avecina. Dios destruye su creación. Eso veo en sus sueños. Solo un hombre y su prole se salvarían de esta espantosa devastación...

Llegan otros gigantes.

Mahway.- ¡Salve majestad! Escuché que hablaban de sueños...

Shemihaza.- ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

Mahway.- Soy Mahway, el hijo del ángel Barakel, majestad.

Shemihaza.- ¿Vienes a bañarte o a pescar?

Mahway.- Solo pasaba por aquí, pero he escuchado el sueño de Hiya, tu hijo...

Llega el gigante Ohya. Detrás de él entra el gigante Og.

Ohya.- ¡Salve al rey y a sus hijos!

Og.- ¡Salve al rey y a sus hijos!

Ohya.- Creo que hablaban de los sueños...

Og.- ¿También aquí están hablando de los sueños?

Ohya.- Hablan, sí. Y frente al rey ¡Creo que es necesario que alguien ponga freno a ese asunto! Está convirtiéndose en una epidemia... Casi todos andan nerviosos, asustados como viejas enfermizas...

Og.- Estoy de acuerdo con Ohya. Los sueños... son eso... simples sueños. No hay por qué darles tanta importancia.

Shemihaza.- ¿Sueñan? ¿Todos ustedes... sueñan?

Mahway.- Hemos empezado a soñar, majestad. Es algo... involuntario... Solo soñamos. Y ese es el problema, porque no sabemos qué hacer... En mi sueño veo siempre una plancha que se hunde en el agua. Allí están escritos todos los nombres. Eso lo sé muy bien. Pero cuando sacan la plancha los nombres se borran a causa del agua. Desaparecen todos, menos tres. Esta visión maldita no me abandona. Todas las noches sueño exactamente lo mismo.

Ohya.- ¿Y qué te ha mostrado esa maldita visión, mi hermano? ¿Por qué tiemblas? ¿De qué temes?

Mahway.- Esa es una visión de muerte. ¿Tú Ohya no temes a la muerte? Hay veces que veo mi nombre nítidamente escrito sobre la plancha. "Mahway". "Mahway". Después... el agua lo borra lentamente... Entonces me ahogo. Me veo a mí mismo sumergido en el agua y no puedo salir a la superficie. Es desesperante. Me hundo, me hundo irremediabilmente... ¡Creo que moriremos juntos! ¡Eso será el fin! Hasta empiezan a ocurrir cosas inauditas... Anmitta, estéril desde hace trescientos años ha concebido y ha dado a luz un hijo de tres cabezas... Barakel mi padre ha visto al niño. Él ha visto a ese monstruo... Mi padre dice que todos moriremos. Que todo esto es un castigo de Yahvé...

Ohya.- ¿Un castigo? Si alguien debe ser castigado es Azazel. ¿Qué tenemos nosotros que ver con lo que Azazel ha hecho? Todos saben que él es un blasfemo. Ningún temor debemos tener.

Somos hijos de los ángeles del Señor. ¿Nos abandonarán nuestros padres si algún peligro nos aqueja?

Og.- Yo soy fuerte. Soy joven. Soy un gigante. A ninguna catástrofe le temo. Hay algunos que andan diciendo por allí que caerá un diluvio. Si encuentro alguno de esos pájaros de mal agüero le torceré el pescuezo. Si brota agua del suelo taponaremos las fuentes con láminas de bronce o con nuestros propios pies. Si llueve, construiremos toldos.

Ohya.- Si cae fuego, nos cubriremos con rocas de amianto.

Hiwa.- Yo también soy un gigante, pero no un necio. La fuerza de mi brazo puede enfrentar y abatir a cualquier mortal, sea hombre, monstruo... o gigante. Mi valor no está en duda. Lo he demostrado ya incontables veces. ¿No hemos ido juntos a la guerra? Pero si tuviera que enfrentarme con los que moran en el cielo o con los que habitan en los lugares sagrados, lo pensaría dos veces... Porque Yahvé es un Dios todo poderoso. Yahvé es más fuerte que todos nosotros juntos. Es inútil enfrentar a las fuerzas celestiales...

Shemihaza.- ¡Escucha Mahway! ¡Acércate!

Mahway se acerca al rey. Se arrodilla ante él.

Shemihaza.- (A Mahway). Ve a mi palacio. Di a Zarhemla, mi mujer, que te entregue unas alas que guardo en la torre central. Están colgadas de una viga. Tómalas y vuela. Remóntate hasta las nubes como un águila. Deja atrás el mundo habitado. Atraviesa el gran desierto de la Desolación. ¡Encuentra a Enoc!

Hiwa.- (A Mahway). Si le encuentras... pregúntale cuánto tiempo viviremos los gigantes...

Shemihaza.- (A Mahway). Debemos encontrar a Enoc. Él es un escriba eminente. Él interpretará los sueños de todos. Pregúntale si solamente los jefes, los llamados príncipes, seremos castigados por nuestras culpas o también perecerán nuestros hijos. Di a Enoc, que demando clemencia para nuestros hijos...

Telón

Escena VIII

Escena en La Montaña Sagrada. En el cielo brilla la luna y las estrellas brincan como corderitos de plata. Los troncos gruesos de los árboles dominan el paisaje. Una columna de fuego inextinguible proporciona luz y calor. Al pie de uno de los árboles duerme plácidamente Enoc, el profeta.

Un carro de fuego ingresa al escenario y se aproxima lentamente hasta donde él duerme. El carro se detiene. Gabriel, sin bajarse del vehículo, se incorpora y habla:

Gabriel.- (A Enoc). Escucha Enoc. Yo soy Gabriel. No temas. Soy el ángel de la anunciación, de la resurrección y de la misericordia. Tú Enoc, has hallado gracia en el Señor, porque eres un escriba de justicia. En tu profundo sueño penetraré y desplegaré una visión celestial. Así me ha ordenado el Altísimo, para que tú y tus descendientes sepan lo que está ocurriendo y lo que ocurrirá en un futuro próximo, a causa del pecado. Mira Enoc, ese es el trono de Yahvé.

Entran dos ángeles y traen el trono de Yahvé. Lo colocan delante de la columna de fuego. Enoc continúa dormido.

Gabriel.- Ahora verás a Yahvé y a sus ángeles.

Entra Dios, con un grupo de ángeles, entre ellos Sariel, Rafael y Miguel. Dios se sienta en el trono.

Dios.- (A Sariel). Acércate Sariel. (*Se acerca Sariel y se arrodilla ante el trono de Dios*). Ve a la tierra y busca a Noé, el hijo de Lamec, el hijo de Matusalém, el hijo de Enoc.

Sariel.- ¿Cómo puede ser esto, mi Señor? Enoc es un anacoreta, te ha ofrecido su castidad y no conoce mujer. ¿De dónde entonces la descendencia que mencionas?

Dios.- Enoc vivirá siempre de acuerdo con mi voluntad. Por cumplir mi mandamiento desposará a Edna y engendrará a Matusalém. Cuando cumpla los sesenta y cinco años de edad engendrará a su hijo Matusalén. Después vivirá Enoc trescientos años más y tendrá otros hijos e hijas.

Sariel.- Será como tú digas, Señor.

Dios.- Di a Noé que se esconda. Revélale el castigo que he dispuesto. Explícale que la tierra entera perecerá. Un diluvio arrasará con todo a su paso. Enseña a Noé lo que debe hacer para preservar su alma y escapar de este castigo. Dile que él será el padre de la nueva generación de hombres.

Sariel.- Parto de inmediato, mi Señor, para cumplir con tu mandato. (*Se levanta y abandona el escenario*).

Dios.- (A Rafael). Acércate Rafael. (*Se acerca Rafael y se arrodilla ante el trono de Dios*). Ve a la tierra. Encadena al impío Azazel de pies y manos. Arrójalo a las tinieblas. Abre una cueva en el desierto que está en Dudael y lánzalo al fondo. Deja caer sobre él piedras melladas, ásperas y cortantes. Cúbrela de tinieblas. Déjalo allí eternamente sin que pueda ver la luz. En el gran día del Juicio Final será pasto del fuego eterno. Toda la tierra ha sido corrompida por las enseñanzas de Azazel. Por lo tanto, impútale todo pecado. Después, sana la tierra que los ángeles y sus hijos los gigantes han corrompido. Anuncia su curación, a fin de que se sanen de la plaga. Que los hijos de los hombres no se pierdan como consecuencia de los misterios que estos malos ángeles han develado.

Rafael.- Parto de inmediato, mi Señor, para cumplir con tu mandato. (*Se levanta y abandona el escenario*).

Dios.- (A Gabriel). Acércate Gabriel. (*Gabriel se acerca y se arrodilla ante el trono de Dios*). Procede contra los bastardos y réprobos hijos de la fornicación. Haz desaparecer de la faz de la tierra a los gigantes. Siembra entre ellos una guerra de destrucción. Que se maten unos a otros, pues no habrá para ellos muchos días. Destruye a los caídos. Ninguna petición en su favor será concedida. Esperan vivir quinientos o seiscientos años. Insensatos: jamás los gigantes poseerán la tierra.

Gabriel.- Cumpliré tu mandato, Señor. (*Se levanta y sube nuevamente al carro de fuego*).

Dios.- (A Miguel). Acércate Miguel. (*Miguel se acerca y se arrodilla ante el trono de Dios*). Ve y anuncia mis designios a Shemihaza y a los demás ángeles que se unieron con mujeres y se contaminaron con ellas en su impureza. Diles que sus hijos perecerán. Diles que los padres verán la destrucción de sus queridos retoños. Encadena a esos ángeles impuros durante setenta generaciones en los valles de la tierra hasta el gran día de su juicio. Luego de su juicio se

les llevará al abismo de fuego, a los tormentos y al encierro en la prisión eterna... pero respeta a Shemihaza. No lo toques.

Miguel.- Parto de inmediato, mi Señor, para cumplir con tu mandato. (*Se levanta y abandona el escenario*).

Dios se levanta de su trono y se acerca hasta el sitio donde duerme Enoc.

Dios.- (*A Enoc*). En cuanto a ti, Enoc, te digo en verdad que entrarás al paraíso en cuerpo y alma. Después de Adán, serás el primer hombre que entra vivo en el paraíso. Pondré mi propia corona sobre tu cabeza y te daré setenta y dos alas y mil ojos. Transformaré tus huesos en ascuas y tus ojos en antorchas y tu cabello en rayos de luz. Alrededor de tu cuerpo danzarán la tormenta, el torbellino, el rayo y el trueno. No morirás, Enoc, hasta la llegada del Anticristo. Pero el Anticristo matará a cuatro hombres y verterá su sangre como un vaso de agua. Entre estos hombres estarás tú, Enoc, conjuntamente con Elías, Sila y Tabitha.

Dios abandona a Enoc y sale de escena. Dos ángeles levantan el trono de Dios y también se lo llevan.

Gabriel.- (*A Enoc, que continúa dormido*). Anda, Enoc, y di a los ángeles que siguen a Shemihaza lo que has visto y has oído. Suplicarán eternamente, pero no habrá para los ángeles ni para los gigantes misericordia ni paz.

El ángel Gabriel toma nuevamente asiento en el carro de fuego y abandona la escena. Enoc continúa durmiendo.

Entra Mahway. Bate, con un cuervo, las alas que le prestó Shemihaza.

Mahway.- Esta debe ser, en verdad, la Montaña Sagrada. Una inmensa paz invade todo mi ser y ni siquiera siento el cansancio de tan largo viaje. Debe ser esta la columna de fuego inextinguible. (*Se arrodilla, reverente ante la columna de fuego*). Ante el símbolo de Yahvé me inclino reverente. Me despojaré de las sandalias porque el suelo que piso es tres veces santo. (*Se despoja de sus sandalias*). ¡Enoc! ¿Dónde estás, Enoc?

Enoc se despierta, se despereza, se incorpora, bosteza...

Enoc.- ¿Quién me ha llamado?

Mahway.- Yo, Enoc. Soy Mahway, el gigante. Soy hijo del ángel Barakel.

Enoc.- Temo por ti, Mahway... ¿Para qué has venido?

Mahway.- Shemihaza me ha enviado.

Enoc.- Siéntate, Mahway. Debo escribir.

Mahway obedece. Enoc busca entre unas rocas y saca algunos rollos de papiro. Los desenvuelve y se sienta a escribir.

Mahway.- (*A Enoc*). Si escribes a Yahvé, dile que suplicamos. Dile que todos nosotros, ángeles y gigantes elevamos una petición Queremos que nos perdone nuestros pecados. Dile que no logramos refrenar nuestros propios instintos... que no somos culpables... que así fuimos concebidos...

Enoc se levanta. Rompe el rollo que estaba escribiendo. Va hasta la columna de fuego, se inclina reverente e implora.

Enoc.- Oh Dios, Señor y gran Rey, imploro y suplico que aceptes mi oración. Si es posible, aparta de nosotros tu rostro airado. No aniquiles toda carne humana. No vacíes de vida la tierra, para que la destrucción no sea eterna... Oh Señor, mi corazón desfallece ante tanta mortandad.

Enoc se levanta. Busca otro rollo y se sienta nuevamente a escribir.

Mahway.- (A Enoc). Dile que nosotros no oramos porque no sabemos cómo hacerlo, que no acudimos nosotros mismos ante su altar, porque no nos atrevemos ni a levantar los ojos al cielo debido a la vergüenza por los crímenes cometidos...por los cuales seguramente seremos condenados. Dile también que nos otorgue una larga vida...

Enoc se levanta. Rompe el rollo que estaba escribiendo. Va hasta la columna de fuego, se inclina reverente e implora.

Enoc.- Extermina de la tierra la carne que ha despertado tu cólera, si esa es tu voluntad, pero la carne de justicia y rectitud, establécela como una planta de semilla eterna y no ocultes tu rostro de la oración de tu siervo, ¡Oh Señor!

Enoc se levanta. Busca otro rollo y se sienta nuevamente a escribir.

Mahway.- Dile a Dios que no envíe el diluvio. Di que detenga las aguas con su poder. Dile que nosotros, los gigantes, no nos ahogáramos con el agua que nos amenaza, porque somos altos, pero moriríamos de hambre si destruye a los animales y a las plantas.

Enoc se levanta, toma el rollo de pergamino que estaba escribiendo y lee, en voz alta, como si estuviera predicando directamente al público.

Enoc.- No hablaré para esta generación, porque ya está perdida. Escribiré para las futuras y lejanas generaciones... Fue bueno declarar la verdad a los hombres, a los gigantes y a los ángeles extraviados de esta era, pero debemos igualmente testificar para los hombres y las mujeres del futuro. No vamos a negarles una visión de la sabiduría... (Pausa). A ustedes, hombres y mujeres del futuro me dirijo. ¡Aparten la venda de sus ojos y no nieguen a su creador! Ustedes dicen: no hay Dios. Nadie lo ha visto. Pero yo testificaré entre ustedes, hasta que mis palabras taladren sus oídos. He aquí que las nubes me llamaron, la neblina me gritó y los relámpagos y truenos me apremiaron. Los vientos me levantaron en lo alto, me llevaron y me condujeron hasta los cielos. Llegué al muro de un edificio construido con piedras de granizo, rodeado y cercado completamente con lenguas de fuego. Avancé y entré en la casa del Señor. Su techo era como relámpagos y trueno y su cielo era de agua. Vi querubines de fuego. Un fuego ardiente rodeaba todos sus muros cercándolos por completo y las puertas eran también de fuego. Y vi un trono elevado cuyo aspecto era el del cristal y cuyo contorno era como el sol brillante y tuve visión de querubín. Por encima del trono salían ríos de fuego ardiente y yo no resistía mirar hacia allá. La Gran Gloria tenía sede en el trono y su vestido lucía más brillante que el diamante tallado y más blanco que el vellón de un cordero recién nacido. Ningún ángel podía verle la cara debido a la magnífica Gloria y ningún ser de carne podía mirarlo. Un fuego ardiente le rodeaba y se levantaba como una cortina ante Él. Ninguno podía acercársele y multitudes y multitudes estaban de pie ante Él y Él no necesitaba consejeros. Y las santidades de los santos que estaban cerca de Él no se alejaban durante la noche ni se separaban jamás de Él.

Enoc cae desvanecido. Entra el carro de fuego. Dos ángeles descienden y levantan el cuerpo desfallecido de Enoc. Lo llevan al cielo en un carro de fuego.

Entran Shemihaza y Azazel. Shemihaza porta una gruesa cuerda.

Mahway.- Salud a Shemihaza, el gran rey. Salud sean dadas al gran Azazel. Aquí están ocurriendo cosas increíbles. He visto un carro de fuego...

Los ángeles ignoran a Mahway. Es como si no lo vieran o no quisieran verlo. Ninguno contesta su saludo. Nadie atiende lo que está diciendo.

Shemihaza se despoja de sus sandalias y se postra reverente ante la columna de fuego. Azazel lo ve y se burla de él.

Azazel.- ¿Caminarás con tus delicados pies desnudos sobre esta agreste montaña?

Shemihaza.- Arrepentido de mi maldad, avergonzado de mis vicios vengo ante ti, poderoso Señor y postrado humildemente imploro tu perdón. (*Pausa*). Jamás debí aceptar la corona de los reyes. ¡Lejos de mí esta pesada carga! ¡Lejos de mi toda pompa o gloria que no provenga del Altísimo!

Shemihaza se desprende de su corona y la coloca sobre una roca.

Mahway.- (*Se dirige a Shemihaza*). Poderoso señor. ¿Qué está pasando?

Azazel.- (*Con codicia*). ¿Abandonas la corona? ¿Te despojas del poder?

Shemihaza.- El poder me ha corrompido. En penitencia por mis pecados me colgaré en este firmamento meridional, entre el cielo y la tierra, con la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba por los siglos de los siglos.

Shemihaza elige una rama gruesa, entre los varios árboles existentes. Lanza la cuerda. Prepara un lazo. Se amarra los pies.

Mahway.- No lo haga, majestad. No lo haga.

Mahway trata de impedir que Shemihaza se cuelgue del árbol.

Shemihaza tira de la cuerda y queda suspendido, con la cabeza hacia abajo y los brazos abiertos, en cruz.

Shemihaza.- (*Grita*). ¡Oh Dios eterno! Que las estrellas del cielo se posen sobre mi cuerpo como pájaros. Seis soles aniden en mi pecho y canten tus alabanzas. Así, cuando los hombres levante sus ojos al cielo admirarán la belleza de tu creación y dirán: miren allá. Es la constelación de Orión.

Azazel.- Aunque quizá deberían decir con propiedad: miren la desventurada constelación de Shemihaza... (*Pausa*). Es indudable que el rey ha enloquecido. Ha abandonado la corona.

Azazel toma la corona y se proclama rey.

Azazel.- Yo, Azazel, por mi propia mano y mi propio poder me coronó rey.

Mahway.- ¿Y ahora? ¿Qué va a ser de nosotros?

La luz de los relámpagos enceguece y los truenos retumban. Se escucha la voz de Dios.

Voz de Dios.- ¿Y tú, Azazel? ¿Vienes a mí, arrepentido?

Azazel.- De nada me arrepiento. Hallo en las mujeres la fuente inagotable de mi placer. Las seduzco, las atraigo, las poseo. Con adornos, con ropajes multicolores, con joyas las visto y las envío lejos de mí, para que a otros se entreguen, mientras yo las contemplo extasiado. ¿Y qué me importa que los alucinados tomen un chivo expiatorio, lo adornen con campanillas y con

cintas, llamen a su pobre víctima con mi nombre y la arrojen desde altos riscos? Yo no me despeno. Los veo afanosos y de lejos me río de sus ocurrencias.

Empieza a caer una lenta llovizna, la luz de los rayos ilumina a intervalos el escenario. El ruido de los truenos anuncia la tempestad.

Mahway.- ¡El diluvio! ¡El diluvio! ¡Ha comenzado el diluvio! ¡Sálvese quien pueda!

Mahway huye, busca refugio debajo de los árboles.

Azazel.- ¡Estúpido! ¿Temblarás como una hoja por unas cuantas gotas de refrescante lluvia? ¡Ven acá! ¡Ayuda a tu rey y señor! ¿De qué diluvio me hablas, Mahway? Mira hacia abajo. Toda la tierra está en calma. Vamos. Haré de ti un gran soldado. ¡Conquistaremos el mundo!

Mahway se acerca sumiso y sigue detrás de Azazel.

Telón